

An abstract painting with vibrant, expressive brushstrokes in shades of blue, red, yellow, green, and white, creating a dynamic and textured background.

23 RELATOS PARA REFLEXIONAR Y SONREÍR

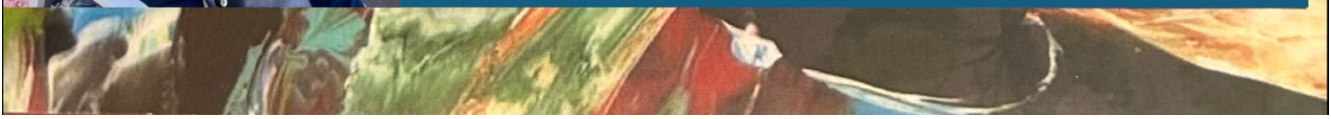
Mario López Espinosa

Eau de mer



Qué hermosa costumbre la de contar cuentos . Al escribirlos se entrelazan las vivencias, las anécdotas, los hechos, las leyendas y los sueños. A veces, en el relato, se escapa algún mensaje, algún reproche escondido.

Te invito a leer al azar uno de mis cuentos. Me queda claro que solo si te gusta el primero te atreverás a aventurarte en el segundo y, no sé, en una de esas te lees varios y, en otra de aquellas, te los lees todos.



22 relatos para reflexionar y sonreír

Mario López Espinosa

*A mi adorada Connie, mi compañera y maestra
de literatura, con la seguridad de que allá en la luna
continúa escribiendo maravillas*

- Yo la maté	5
- Soy un cobarde	7
- El Gran Acuerdo	11
- Los caprichos del viento	13
- El agasajo de los opulentos	17
- El Farolero	2
- ¿Y el puente?	23
- El maestro melancólico	41
- El gran compromiso de aquella Navidad	43
- La máscara de aguacate	45
- El alcázar de mi padre	53
- El naufragio afortunado	55
- La caja de pan	61
- La metáfora del Maestro	63
- El hormiguero de los gusanos	79
- Las incongruencias del Ministro	81
- Un encuentro con su pasado y la igualdad de género	85
- ¿Llevará mi nombre?	99
- La lección en el casino	107
- Entre albañiles	115
- Los ocho magníficos	117
- El legendario tesoro	119
- El aparatejo diabólico	115

Yo la maté

Espera, antes de irte quiero estar seguro de que no piensas que fuiste tú quien arrasó con esa ilusión, quien destruyó ese sueño compartido de aquel entonces: aquella quimera que, con mi cobarde egolatría y mi insondable egoísmo, fui soslayando con el paso del tiempo.

Tú no la mataste. Estaba muerta. Yo la maté. Que quede claro, Que no quepa la menor duda. Parte ahora, reconstruye audazmente tu vida. Lo mereces. Yo permaneceré en mi soledad a cumplir con la condena por ese crimen inefable que he cometido. La traición es siempre un misterio que se descubre.

Soy un cobarde

—Si, en efecto, soy un cobarde. Es menester reconocerlo, pero continúo, sin embargo, sumergido en este mar de confusión. Sigo siendo presa del hechizo. Ya no soy quien pensaba ser y mi plan de navegación, tan cuidadosamente ponderado, parece no tener ya brújula, compás ni puerto de destino.

Y todo por esa gitana, esa gitana indigente; dos peculiaridades que serían, sin lugar a dudas, impugnadas por esa sociedad refinada a la que suponías ya pertenecer; dos atributos que no figuraban en tu estrategia para avanzar hasta la cima del poder y la opulencia, a la que tenías previsto arribar con mayor celeridad al desposarte con una de las princesas herederas del imperio financiero en que gravitas, o más bien en que gravitabas.

—Pero esa gitana me miró en el fondo, con esos ojos dulces que conjugan la profundidad y la melancolía con un misterio seductor, y como un relámpago su mirada

me embrujó con el misticismo de un encantador de serpientes. Esa mirada que no puedo ahuyentar de mis pensamientos, esa mirada, en ocasiones apacible y fascinante, en otras altanera y orgullosa, y en otros momentos imprevistos, enigmática y soñadora.

Y ya no sabes quién quieres. La envidiable seguridad del dominante y pretencioso “joven con gran futuro”, como te calificaba tu inminente suegro, se ha desmoronado. Tú, que siempre te jactabas del control de lo imprevisto, que soslayabas el encuentro con lo inevitable, ahora aceptas embelesado que Cervantes tenía razón, al afirmar que “el amor es invisible y entra y sale por donde quiere sin que nadie le pida cuenta de sus hechos”. Así es; el amor llega y se va cuando le da la gana. Tres veces la has visto y durante tres meses solo piensas en ella a cada instante. Deambulas como un fantasma extraviado y, a veces, como un espectro. Te sientes emboscado. Y ahora, como un cobarde, tan solo esperas a que el amor decida voluntariamente anunciar su retirada.

—He logrado aprender con esto que el hombre puede programar, y algunas veces hasta decidir, con quién hacer el amor, pero no de quién va a enamorarse. ¿Qué menjurje habrá introducido en esa pócima que con segu-

ridad me hizo ingerir en algún descuido? Es probable que sucedió durante aquella extraña ofrenda del vino. Qué insólito sortilegio hizo activar esta gitana para vencer en mí toda resistencia. Yo, el graduado brillante y prometedor, ya no soy capaz de calcular siquiera una simple tasa interna de retorno financiero, porque su sonrisa fugaz se entromete entre cada cifra. Esa sonrisa exquisita que cautivó mi espíritu de mosquetero aquella tarde en que, con alta probabilidad, festejaba la culminación de su embrujo. Esa sonrisa deliciosa que tiene la magia de, al dibujarse, hacer desvanecer todo a su alrededor.

¿Cómo fue que ese maleficio hizo esfumarse al hombre de finanzas pragmático y calculador, al joven profesional altivo que podía manipular la realidad a su antojo? Y ahora no encuentras más opción que esconderte, grandísimo cobarde, rogándole a los dioses que el amor decida viajar pronto hacia otros lares, rompiendo con ello el encantamiento y devolviéndote tus sueños de grandeza.

—Y no tengo la certeza, al menos, de si en algún momento figuro en sus pensamientos, y no sé siquiera si le inquieta mi desventura. No sé si tan solo lo hace para jugar con mi locura, para divertirse con mi desdicha. Quisiera preguntar a sus cartas hasta cuándo, pero no, no, no

me atrevo, porque a veces pienso que antes de perderla prefiero vivir eternamente atormentado.

Vaya encrucijada sombría. El experto en soluciones tan solo puede invocar el exorcismo del tiempo. Tienes terror de que el amor no se vaya nunca y de que tratar de ahuyentarlo solo contribuya a consolidar su arraigo. Tienes miedo y, sonriendo nervioso, como hipnotizado, como en obediencia a un mandato superior, continuas caminando vacilante y amedrentado hacia el irresistible y tantas veces anhelado cuarto encuentro con aquella mirada.

El Gran Acuerdo

Los principales líderes religiosos del planeta y los directivos de las quinientas organizaciones más importantes e influyentes de la sociedad civil en los ámbitos de mayor trascendencia se pusieron de pie y aplaudieron emocionados.

Después de que circularon por el mundo mil versiones contradictorias, acababan de firmar el compromiso más importante de la era moderna por la paz universal; pero en esta ocasión no se trataba de un simple acuerdo de declaraciones y buenas intenciones, sino que se obligaban, junto con sus empleados y donantes, seguidores y simpatizantes, a no adquirir jamás un producto o servicio proveniente de empresas con propiedad parcial o total de alguno de los principales inversionistas en la fabricación de armas en el mundo, quienes figuraban con sus respectivos productos y servicios como anexo único de aquel gran acuerdo.

Los caprichos del viento

Al final se cansó de intentar cambiarlo. Fueron muchos años de esfuerzo intenso. Decidió simplemente limitarse a disfrutarlo, intuirlo, acompañarlo, como si no le importara nada, como si fuera tan sólo su cómplice, su compañero de juegos, como en algún entonces. Y no le pareció del todo mal aquello. Es más, en el fondo le estaba gustando y comenzaba a estar contenta de nuevo. Ya no era de su propiedad, es claro, pero lo sentía más cercano, más sonriente, más alegre, más interesante. Seguía sin traerle flores, es cierto, pero tampoco ella volvió a pedir las, aunque también lo es que, unos días antes, él le había regalado dos pequeñas conchas marinas y la había amenazado con escribirle un poema. No le creyó, pero no le importaba tanto que al final no lo hiciera; le bastaba con que lo pensara.

Ahora lo amaba menos, también es cierto, aunque

no estaba del todo claro cuánto. Le gustaba entregarse a las delicias de la duda. Aquel plan de separarse y trasladarse ella sola a la ciudad se posponía sin que nadie se diera cuenta; sólo se difería por razones y argumentos poco sólidos que no convencían ni siquiera a su gato, cuando se los explicaba para justificar la demora de aquel proyecto anunciado. Con el andar del tiempo, ella ya no exigía ni esperaba comportamiento alguno. Tal parece que había decidido dejar de soñar con deseos abstractos para comenzar a pensar en las realizaciones concretas.

Últimamente se reunían y conversaban, aunque sólo cuando el deseo de hacerlo coincidía con interés similar en ambos. No más disgustos, ni reproches, ni expresiones de enfado. Se limitaban a convivir, a aceptar del otro lo que quisiera dar, sin reclamos ni exigencias. Las pláticas de sobremesa comenzaban, sin embargo, a suscitarse con mayor frecuencia y a prolongarse con más extensión que antaño. Los temas y los proyectos de ella despertaban cada vez más un interés genuino y poco usual por parte de él.

Ella continuaba soñando despierta, pero aquella expresión suya, entre hosca y huraña, se había ido convirtiendo, con sutileza, en una leve sonrisa tierna y melan-

cólica, y en una actitud más bien plácida y contemplativa, al grado qué, en dos ocasiones, caminando por las veredas del trigal, llegó incluso a volar conducida por los caprichos del viento.

El agasajo de los opulentos

La música había degenerado en un ruido estruendoso. Los vinos de cosecha y el champagne fluían a caudales de una fuente inagotable y ostentosa. El caviar de Persia y el salmón noruego eran devorados en porciones insólitas. Las mujeres, deslumbrantes, y por supuesto rubias, continuaban gradualmente haciendo su aparición con vestimenta brillante, joyas deslumbrantes, alardes amplificados y risotadas destempladas. Se trataba de otro desplante espectacular y grotesco. Los hombres, todos ellos sultanes y dignos representantes de la “Beautiful People”, se divertían, brindaban, se regocijaban, festejaban, en riguroso frac o esmoquin, su éxito insuperable en el año que justo esa noche concluía.

Uno de los magnates presumía de la altísima rentabilidad de su red de fábricas textiles, hacinadas de miles de obedientes, sumisas y baratas costureras; otro más, se jactaba de sus virtuosos y productivos aciertos recientes

en los casinos de Las Vegas y en la bolsa de valores de Nueva York; uno más alardeaba de su estrecha amistad con los políticos más poderosos y relataba con qué facilidad y a qué bajo costo había conseguido sus últimas concesiones mineras en el norte del país; otro presumía el número de ocasiones en que su imagen había sido publicada durante el año que fenecía, en la racista revista social “Club”.

El de por acá, envuelto en la nube que emanaba de un puro gigante, se mofaba de su extraordinaria habilidad para actuar como interlocutor de funcionarios flexibles e inversionistas extranjeros ambiciosos y rapaces. Otros acaudalados por allá narraban sus extravagantes viajes por regiones exóticas y presumían sus invaluable trofeos de cacería en los safaris organizados por ellos mismos.

Los dos grandes jefes de la comunicación audiovisual en el país se vanagloriaban de su inteligencia empresarial y de su sorprendente astucia para convertir la miseria, la degradación de la mujer y la difusión de la violencia en un gran supernegocio, jamás imaginado.

Todos fanfarroneaban y se ufanaban de su suerte, de sus triunfos y de sus fortunas billonarias, que el siguiente año seguramente habrían de redoblar.

El bullicio y la algarabía se interrumpieron sólo por un instante para que el anfitrión y su cuadrilla de íntimos recibieran en la biblioteca al malandrín gitano, prestigiado artífice de la hechicería, que debía aportarles el cofre secreto con aquella sustancia innovadora y particularmente onerosa que, según lo ofrecido, los haría experimentar las más sublimes sensaciones y los llevaría a volar muy alto, muy alto, más allá de la estratósfera.

—Se trata de un compuesto muy poderoso y delicado, —les advirtió el mensajero—. Deben tener un cuidado extremo. Sólo puede consumirse en pequeñas dosis y muy despacio, de lo contrario podrían adentrarse en los linderos de la magia y traspasar el precipicio del encantamiento.

Estallaron las risotadas, le arrebataron el cofre, le tiraron al piso la retribución acordada y lo corrieron de su mansión entre acusaciones de charlatán, merolico, embustero, engañador y gran farsante. Mientras distribuían la sustancia prodigiosa entre los invitados, se burlaron compartiendo la advertencia ridícula del hechicero, provocando estridentes carcajadas.

El festín de los billonarios continuó hasta el clímax y terminó, como siempre, en una gran orgía desbordada y

una borrachera generalizada en la que todos, absolutamente todos, embriagados, perdieron el sentido y, una vez más, el decoro y la vergüenza. Sin embargo, en esta ocasión el desenlace fue diferente: la nueva droga tuvo un efecto devastador.

Al amanecer, el pánico se apoderó de los potentados y sus odaliscas, al percatarse de que todos ellos se habían convertido en simples abejas. No podían creerlo. Su primer impulso fue el de correr desesperados en cualquier dirección del laberinto pegajoso, pero todo esfuerzo por abandonar la colmena y regresar a su fiesta inolvidable, resultó infructuoso.

Lloraban, se abrazaban, querían gritar, buscar a alguien a quien sobornar, a quien explicar quiénes eran ellos, al menos con quién negociar la función de zánganos. pero nadie los escuchaba y de sus gargantas sólo brotaba un zumbido apagado. Reconociendo sus alas, intentaron volar y escapar para siempre de esa brutal pesadilla, de ese panal maldito, pero súbitamente fueron arrasados por cientos de abejas obreras que los obligaron a su mayor desgracia y su gran terror: *trabajar*.

El farolero

El farolero dejó de encender dos faroles y continuó su camino con una sonrisa cómplice, como si presintiera que esa noche de luna llena aquella muchacha de ojos color aceituna se escaparía conmigo.

¿Y el Puente?

Todo comenzó con el funeral de uno de los destacados líderes del Partido Comunista checoslovaco. Justo cuando otro de los no menos importantes directivos dirigía un discurso póstumo destacando las extraordinarias contribuciones que aquel militante ilustre, que en ese momento despedían, había hecho a la gran lucha del sufrido proletariado por su gloriosa emancipación y por la formación de esa nueva gran patria *“pletórica de justicia y de felicidad”*. Al concluir su discurso este alto funcionario del Partido Comunista se comprometió a colocar una estatua de su figura en la modesta plaza de su pueblo natal, para perpetuar la memoria de tan insigne patriota.

Por respeto al lector no entraré en detalles sobre las peripecias del tortuoso proceso burocrático que derivó de esa decisión. Baste decir que dieciocho meses después, el busto, no la escultura, de aquel patriota estaba listo para su colocación. Tampoco haré mención a las argucias que los altos funcionarios del Partido Comunista recurrieron

para evitar la encomienda de instrumentar aquel ahora fútil compromiso que había asumido un líder todavía influyente en los entresijos del poder interno del Partido. El problema era que el pueblo natal de ese ilustre comunista: Trustrokvichy, se encontraba en una muy apartada región de Kosica, muy cerca ya de la frontera con Ucrania. Finalmente, uno de ellos no pudo eludir la responsabilidad y aceptó con un claro sentido patriótico llevar a cabo la tarea. A pesar de seis días de un trayecto pleno de contratiempos, en un invierno de los más violentos, este funcionario ejemplar no se rindió en cumplir con su cometido. Llegó por fin a aquel lejano paraje, acompañado, como es habitual para un funcionario de izquierda, de una comitiva formada por dos asesores, dos guardias de seguridad, un coordinador de asesores y, por supuesto, una secretaria-asistente, “casualmente” tan atractiva como ineficiente.

Las gestiones con el alcalde del lugar se realizaron de manera eficaz y para las seis de la tarde el busto ya había sido colocado y descubierto, incluso se pronunció un breve discurso o, para ser más precisos, se leyó un escrito, que con seguridad fue redactado por algún burócrata inadvertido. Como el horario del ferrocarril les obligaba a pernoctar una noche en el pueblo, pudieron, el conspicuo

funcionario y su comitiva, disfrutar de un discreto convivio, con bocadillos y “*Tatransky*”, una bebida típica de la región, con un alto porcentaje de contenido alcohólico.

La reunión tuvo lugar en la residencia del alcalde, donde todos los ilustres visitantes fueron hospedados como invitados especiales.

Ya entrada la madrugada, cuando el *Tatransky* estaba por cometer sus mejores estragos, el alto funcionario se encontraba contando, narrando, recordando y declamando, mientras los demás comensales escuchaban atentamente, sonreían, aclamaban y aplaudían. Fue entonces que se escucharon unos disparos.

Todos se precipitaron hacia el pórtico y observaron que los agentes de seguridad intentaban contener a un grupo enardecido del pueblo de Trustrokvichy, quienes, alumbrados por antorchas, trataban de aproximarse a la residencia del alcalde.

—¿Qué sucede aquí?, —exclamó el alto funcionario.

Uno de sus guardaespaldas respondió

— Pretenden ingresar señor. Les hemos informado que es imposible, ya que nuestro jefe se encuentra descansando y no debe ser molestado.

—Pero ¿cómo te atreves? —replicó el gran jefe, sosteniendo un vaso de Tatransky en la mano.

—¿No comprendes qué es el pueblo el que se manifiesta? ¿Acaso ignoras que en esta región del planeta hicimos una revolución justamente para que el pueblo asumiera el poder? ¿Quién te crees que eres? ¿No sabes aun que el pueblo es soberano? Nosotros, y tú también, no somos más que sus servidores, sus vasallos, sus instrumentos, sus lacayos. Dirigiéndose a la multitud, visiblemente conmovido, les gritó:

—¡Ordenadme!, Instruidme sus señorías. Digan a este servidor suyo ¿Qué debo hacer por vosotros?

Todos permanecieron atónitos y sorprendidos. De pronto, uno de ellos se armó de valor, se acercó con lentitud, tartamudeó y finalmente expresó:

—Señor, en el pueblo hemos sabido de su llegada y hemos estado discutiendo reflexionando y bebiendo. Nos hemos dicho que a este pueblo olvidado nunca ha llegado, y seguramente nunca llegará un personaje tan relevante como usted, y hemos concluido que no podemos desaprovechar esta gran oportunidad.

—Claro, —dijo el funcionario— Yo los comprendo. Díganme ¿qué quieren? ¿qué necesitan?

—“Un puente” —gritaron todos al unísono.

—¿Un puente? —preguntó el titular de la comitiva

—¡Si, un puente! —confirmó el pueblo

— Sabe usted señor, — destacó aquel que había tomado la iniciativa—, lo que sucede es que, como habrá podido advertir, nuestro pueblo se encuentra en la cima de una montaña. Una montaña que desde el acantilado, antes se comunicaba por un puente con otro pueblo, uno más grande llamado Karotec, donde podíamos comprar todos los días lo que requeríamos y vender lo que producíamos. Pero ocurrió que un día, durante la guerra, las tropas aliadas rusas bombardearon el puente, y desde entonces, nos vemos obligados a bajar la montaña para cruzar el río, lo cual nos lleva días; luego es necesario subir la montaña para llegar al pueblo grande. Al no existir camino, nos implica otros tantos días regresar, y en ocasiones el río se pone bravo y nos impide cruzar.

El alto funcionario del Partido Comunista, llenó su vaso de Tatransky, se acercó más a la muchedumbre y, asegurándose de que todos lo escucharían, gritó:

—¿Qué día es hoy?

—Viernes, —respondió uno tímidamente.

—Viernes quince — gritaron algunos.

—Viernes quince de mayo— precisaron sus colaboradores.

—¿De qué año?— cuestionó el gran jefe

— De1967— respondieron todos

—Tome nota— dijo el funcionario en voz muy alta, a su secretaria—asistente —: que el 15 de mayo de 1970 nos reuniremos aquí para festejar la inauguración del puente que unirá este pueblo con el pueblo grande. ¡El Pueblo manda!

El alarido fue ensordecedor, el júbilo generalizado.

—¡Viva el Partido Comunista! ¡Vivan nuestros líderes! ¡Viva la Revolución! ¡Vivan nuestros jefes! ¡Viva Trus-trokvichy! ¡Viva el puente! —gritaron todos retirándose decididos a terminar con todo el Tatransky que aún sobrevivía en el pueblo.

Al regreso de la comitiva a Praga, comenzó el pragmático y tortuoso procedimiento burocrático que implicaba honrar el primer compromiso asumido por el alto directivo del partido: la construcción del puente. El avance fue lento en la elaboración de los dictámenes técnicos. Se realizaron los muy diversos y complejos trámites para incluir los requerimientos correspondientes en los planes quinquenales de fabricación de cemento, de varilla y de acero, y

en particular de hormigón pretensado, que constituía una de las más reconocidas conquistas tecnológicas de la Revolución Bolchevique, de la cual todos los países satélites se apropiaron con orgullo.

En paralelo, se avanzaba con premura y entusiasmo en los preparativos del gran festejo. Se sumaron con manifiesto compromiso los Ministerios de Cultura, de Actividades Recreativas y de Comunicación y Propaganda. Localmente se constituyó un primer Comité del Pueblo para la Organización del Gran Festejo de Inauguración del Puente de Trustrokvichy, que casi de inmediato comenzó a reunirse cada mes en la única escuela de la comunidad junto con los funcionarios viajeros para afinar los detalles del evento.

Transcurrieron los primeros cinco meses, durante los cuales se celebró igual número de reuniones de aquel Comité con las diversas misiones procedentes de Praga: la misión que acudía a preparar los trabajos del “Coro Infantil de los Niños Trustrokvichitas”, encargado de interpretar el Gran Himno de la Internacional Comunista; la misión encargada de seleccionar y preparar a las tres jóvenes adolescentes que, una vez afiliadas al Movimiento de las Juventudes Pioneras Comunistas de Checoslovaquia,

declamarían un extenso y complejo discurso preparado por el Ministerio de Cultura y sancionado por el Ministerio de Comunicación y Propaganda; la brigada responsable de la construcción de los temples y de las gigantescas pancartas que serían colocadas en la plaza central y las principales casas del pueblo, así como otros tantos grupos más que asegurarían el éxito supremo del festejo.

Durante la sexta reunión de las múltiples comitivas, el profesor de la escuela —el único por cierto— levantó la mano por un período prolongado y finalmente le concedieron el uso de la palabra.

—¿Qué desea profesor?” —inquirió el “distinguido” ciudadano que había sido designado para presidir las reuniones de ese mes.

El maestro, responsable de la primaria, se levantó con calma y se limitó a preguntar

—¿Y el puente?

—¿El qué?, respondió el Presidente del Comité de Seguimiento.

—¡El puente!, —repitió el Maestro.

—Pues... el puente, profesor, estará donde y cuando deba estar —aseguró el presidente— ¿Acaso no estuvo usted presente cuando el insigne y altísimo directivo

de nuestro partido comunista aseguró que se construiría el puente? Le exhorto, estimado profesor, a confiar más en la palabra de los líderes de la patria.

Transcurrieron siete meses más, durante los cuales se celebraron siete reuniones adicionales de los diversos comités encargados de los preparativos del festejo. En todas ellas, el paciente profesor volvió a plantear modestamente la misma pregunta, aunque la mayoría de las veces no obtuvo respuesta alguna. En la última de estas sesiones, el profesor volvió a levantar la mano con insistencia y, tras una espera aún más prolongada, se le permitió hablar y preguntó una vez mas:

—*¿Y el Puente?*

El ciudadano que presidía el Gran Comité en ese momento, se mostró indignado.

—Bueno profesor, ¿pero qué es lo que sucede con usted? ¿Acaso no confía en la palabra del Partido Comunista? ¿No es usted checoslovaco? ¿Cómo puede usted infundir el sentido patriótico en nuestros hijos, si manifiesta desconfianza hacia nuestros líderes? Nos preocupa usted muy seriamente, profesor, muy seriamente.

Se celebraron tres reuniones similares más, en los meses 17, 22 y 26. La pregunta del profesor fue siempre

la misma

— ¿Y el puente?

Las respuestas se tornaron cada vez más represivas e incluso violentas. Hasta el punto de que, tras la reunión del mes 26, —diez meses antes de la fecha programada para el gran festejo—el Comité del Pueblo se reunió y, por aclamación unánime, decidió expulsar de la comunidad al incómodo e insolente profesor, acusado de *“acción subversiva y antipatriótica en contra del Partido Comunista, en franca conspiración contra el bienestar y la prosperidad de Trustrokvichy y la sagrada estabilidad de la gloriosa República Comunista de Checoslovaquia”*.

La escuela y la enseñanza formal quedaron sin timonel, y los alumnos suspendieron su proceso educativo, hecho que fue recibido con cierto agrado por la comunidad y, sobre todo por los organizadores del evento, pues, de esta manera, los niños dispondrían de mayor tiempo para prepararse mejor para el gran festejo. El programa continuó con creciente entusiasmo y sin la molestia de los cuestionamientos “ridículos” de aquel docente indolente y traidor, por fortuna desterrado.

Pero no hay momento esperado con más ansiedad que aquel que finalmente llega. Y llegó el gran día. El 15

de mayo de 1970

Aquella mañana histórica, el pueblo entero, no se limitó a vestir sus mejores galas, sino que estrenó las vestimentas expresamente elaboradas para aquel memorable evento, consumiendo, por cierto, la totalidad de los ahorros de la comunidad, la cual en su mayoría quedó incluso endeudada en grave riesgo con algunos prestamistas del pueblo grande, aquel con el que se buscaba establecer la vinculación estratégica.

En la estación del tren tuvo lugar la primera gran cita: el histórico encuentro del pueblo de Trustrokvichy con sus benefactores. El alcalde que, por cierto, no concluyó su mandato como establecían las normas, argumentando que debía continuar y sacrificarse para cumplir la enorme y trascendente responsabilidad que las circunstancias y la historia le habían encomendado, estuvo en primera fila, acompañado de su familia, por supuesto, pero también de sus parientes de segundo y tercer grado, desde una bisabuela de 107 años hasta la más reciente heredera de menos de tres días.

En la segunda fila, o mejor dicho, en el segundo grupo, figuraban los titulares de los subcomités encargados de la organización de la gran celebración, y sus familias

desde luego, aunque en este caso únicamente hasta el segundo grado. Allí se encontraban todos y cada uno de los titulares de los diversos subcomités: el Subcomité de Organización Logística, el Subcomité de Organización de la Participación de los Niños, el Subcomité de Organización de la Participación de las Niñas, el Subcomité de Organización de la Participación de las Mujeres, el Subcomité de Eventos Musicales, el Subcomité de Arreglos Florales, el Subcomité de la Memoria Oficial, el Subcomité de Atención a las Esposas de los Funcionarios del Partido, el Subcomité de Supervisión y Seguimiento y el Subcomité de Prensa, entre otros.

En el tercer grupo se encontraban los trabajadores del Ayuntamiento con sus familiares directos. El resto de los habitantes de Trustrokvichy, es decir, el pueblo, no formó parte del Gran Comité de Recepción, pues se ya desde el día anterior ocupaban las tribunas de la plaza central, construida exprofeso para el “Glorioso Evento” con los recursos comunitarios ahorrados durante varios años para construir la nueva escuela, proyecto que careció de urgencia al no disponerse de un maestro. *“El patriotismo debe estar siempre por delante”*, era la consigna.

Y, desde luego, al costado y en posición preferente,

se encontraba la Gran Banda Oficial del Pueblo de Trus-trokvichy, estrenando uniformes de particular colorido e instrumentos musicales deslumbrantes. Vaya envidia que con seguridad sentían ya los habitantes del pueblo grande, quienes ni siquiera contaban con una pequeña banda escolar.

—Ahora serán ellos, los del pueblo grande, quienes querrán vincularse con nosotros —había señalado en una reunión reciente la graciosa y extremadamente obesa esposa del alcalde.

Y el pitido de la esperada máquina anunció la llegada de aquella numerosa e importante comitiva, encabezada por nada menos que tres altos directivos del “Buró Supremo del Partido” e integrada por diversos funcionarios de primer orden, con sus cónyuges por supuesto, por varios líderes sindicales e incluso por jóvenes directivos de la Unión Checoslovaca de la Juventud, que acudieron a hacer acto de presencia y cumplir con las indicaciones expresas que apenas tres días antes había emitido el propio presidente del Partido Comunista Checoslovaco:

—*Semejante acontecimiento debe ser por supuesto presenciado por nuestros dirigentes más jóvenes para que transmitan con el mayor detalle el suceso a las futuras*

generaciones. Un evento de una trascendencia histórica e inusitada, —había subrayado Radio Praga dos días antes, con lo cual no quedaba nada más que añadir.

El tren se detuvo y la banda estalló en música, la algarabía se manifestó con toda su fuerza y en todos los frentes. La gritería era ensordecedora. Las banderitas ondeaban con frenesí. Las mujeres se esforzaban por contener las lágrimas desbordadas. Aquellos que llegaban descendían desconcertados, mientras que los que esperaban abrían los brazos eufóricos y se inclinaban respetuosos y agradecidos.

La gran comitiva arribó finalmente a la plaza central. El júbilo general se desbordó y el sentimiento popular dio rienda suelta a las porras, tantas veces ensayadas, y a una emoción contenida durante tres años.

—*¡Vivan nuestros benefactores! ¡Vivan nuestros líderes!, ¡Viva el Partido Comunista!, ¡Viva Trustrokvichy!, ¡Viva la Revolución Bolchevique!, ¡Viva Checoslovaquia! ¡Viva el alcalde!, ¡Vivan ustedes!, ¡Vivan Todos!*

Y comenzó la gran fiesta. Dieciocho integrantes de la misión oficial y diecinueve personajes locales conformaban el presídium. Todos acompañaron, con profunda solemnidad, al Gran Coro de los Niños de Trustrokvichy

en la interpretación del Himno de la Internacional Socialista. Los tres adolescentes del Movimiento de las Juventudes Pioneras Comunistas de Checoslovaquia declamaron por fin aquel emotivo texto preparado por el Ministerio de Cultura y sancionado por el Ministerio de Comunicación y Propaganda, e infinidad de veces ensayado.

Se pronunciaron catorce discursos, en los que cada expositor iniciaba su intervención repitiendo el nombre y cargo de cada uno de los treinta y siete distinguidos integrantes del presídium. Se entregaron condecoraciones de “Huésped de Honor” y medallas conmemorativas a todos los funcionarios del Partido y, por supuesto, a sus encantadoras esposas. Seis niños vestidos de paje y ocho niñas ataviadas con el atuendo folklórico de la región entregaron ramos de flores y un detalle representativo de la artesanía local a las damas visitantes.

La banda del pueblo deleitó a los asistentes con una serie interminable de interpretaciones, mientras los fuegos artificiales ofrecían un espectáculo inolvidable y avasallador.

La gran comida fue un verdadero festín; el consumo de vino y, sobre todo de Tatransky rebasó por mucho cualquier expectativa.

El llanto, los sollozos e incluso los desmayos estuvieron también presentes en aquel festejo que, sin duda, habría de pasar a la historia de Trustrokvichy.

Las reglas del Manual de Protocolo para Eventos de Inauguración se aplicaron con rigor, precisión y puntualidad inflexibles. En el propio manual se indicaba con particular énfasis que el momento culminante que simbolizaba la inauguración de un puente, consistía precisamente en el cruce del propio puente por parte de todos y cada uno de los asistentes al evento.

Así, cuando llegó aquel momento crucial, todos se pusieron en marcha hacia el lugar de la cita, encabezados por la Gran Banda Oficial del Pueblo de Trustrokvichy, seguidos por los funcionarios del partido, ahora mezclados y abrazados con el alcalde, su familia y los personajes comunitarios. Detrás marchaban los demás integrantes de la comitiva de recepción, esforzándose —hasta donde los efectos fulminantes del Tatransky se los permitían— por conservar los órdenes de prelación establecidos por el protocolo. Al final iba el pueblo completo, o, tal vez, sería más propio decir, lo que restaba del pueblo de Trustrokvichy, pues más de la mitad formaba parte de algún comité.

¿Y el puente? El puente, como lo habrá intuido el lector, aún no había iniciado su construcción. El trámite avanzaba, respetando los procedimientos, las prácticas y el orden de prioridades imperantes en aquel país. Sin embargo, y en honor a la verdad, ya solo faltaban dos firmas para autorizar la primera visita de los ingenieros topógrafos, cuyos trabajos podrían permitir avanzar a la segunda fase del proceso, la realmente tortuosa y complicada.

Pero el Manual de Protocolo era implacable, el júbilo desbordante y el Tatransky inmisericorde. Con cánticos, griterías, carcajadas y frenesí, se arribó al acantilado solitario y expectante. Los integrantes de la Gran Banda, ya trastornados y quizás poseídos por el clímax de la emoción, no perdieron el tono ni la sincronización musical cuando fueron los primeros en desbarrancarse en el precipicio. Y tras ellos siguieron todos, cantando, bebiendo y sin interrumpir el festejo ni por un segundo; como si nadie dudara por un instante de lo inevitable de su destino fatal. Había un protocolo que cumplir, y se cumplía con espíritu estoico y sentido patriótico hasta sus últimas consecuencias.

Murieron todos, absolutamente todos. Unos tras otros. Un perro callejero, único sobreviviente de aquella he-

catombe, con manifiesto desconcierto se asomó al borde del acantilado y, en un acto de lealtad suprema y de solidaridad partidaria, decidió lanzarse al vacío en seguimiento de sus camaradas.

El maestro melancólico

Nuestro maestro de historia se ha convertido en las últimas clases en un maestro triste y taciturno. Ya no habla de otra cosa que no sea el terrible e injusto abandono que sufrieron algunas ciudades en la historia del mundo.

Brinca de las ciudades abandonadas por los toltecas, teotihuacanos y mayas en México, a la de Pachacamac en el Perú; de la ciudad fantasma de Famagusta, en Chipre, a Kangbashi, en el norte de China; de Kayakoy, en Turquía, a Kolamanskop, en Namibia; de Pyramiden en Svalbard, Noruega a Pripyat en Ucrania. Lo hace indignado y con cierta desolación.

—No se puede uno explicar cómo es que aquellos “canallas” fueron capaces de abandonar lo que tanta alegría y tanto amor les dio. *Abandonar* es el verbo más degradante para el ser humano, —nos ha dicho y siempre que lo hace, los ojos se le llenan de bruma.

Aquel nuestro maestro favorito, que era toda una institución académica, ahora es tan confuso y tan repetitivo. *“El abandono es el sustantivo más depreciable”* asegura, con la mirada perdida en solo Dios sabe dónde. Ya no se apresura a terminar la clase para lanzarse feliz de regreso a casa como antes; ahora todo es parsimonioso y apesadumbrado, Camina lento y sin rumbo por las veredas apartadas del bosque, murmurando solo, sollozando y suspirando. El catedrático, otrora galante, ya no compra flores por el camino ni nos obsequia una sonrisa. Se ha rendido ante la soledad y la melancolía.

El gran compromiso de aquella Navidad

El festejo no tenía precedente, todos reían, se abrazaban y, tomados de la mano, cantaban:

—“*Aleluya, hermanos: el Señor se ha manifestado una vez más en el seno de nuestro pueblo. Padre yo te quiero amar, tocar tu corazón y rendirme a tus pies. Oh, Mi señor. Quiero estar cerca de ti, adorarte con todo mi ser y rendirte toda gloria. Aleluya, aleluya. Todos los mortales alaben al Rey. Digno es el cordero de Dios. Allá en la gloria, frente al trono, habrá una multitud, de toda nación cantando al Rey Jesús. Aleluya, aleluya, aleluya, aleluya*”.

Justo esa Navidad, los líderes de la cristiandad, firmaban, con celestial resonancia, el compromiso más trascendente de los últimos siglos en honor a Jesucristo, mediante el cual los católicos, cristianos, protestantes, ortodoxos y otros tantos —más de dos mil millones de personas en todos los países del orbe se comprometían a invitar a su casa a una familia en pobreza extrema a comer y a

convivir, una vez cada tres meses, es decir, cuatro ocasiones al año.

Por supuesto, no sólo el Papa, los patriarcas, los cardenales, obispos, arzobispos, sacerdotes, padres, legados, diáconos, abates, misioneros, pastores y monjas, sino todos —absolutamente todos— los creyentes, y en particular los católicos del mundo. Esto permitiría que los setecientos dos millones de miserables de la Tierra pudieran comer muy bien al menos una vez a la semana, con lo que los cristianos, en el nombre de Jesucristo, abatirían el hambre en el planeta, a partir de esa Navidad inolvidable que festejaban con tanto regocijo.

La máscara de aguacate

En una muy pequeña población rural, muy cercana a la capital de Inglaterra, habitaba en una hermosa casa de dos pisos y techo a dos aguas, una pareja de adultos casi mayores, solos. Un día cualquiera, después de desayunar, el marido se despidió para dirigirse a su trabajo, y la esposa decidió iniciar sus tareas cotidianas con el arreglo de su persona.

Subió a su habitación y comenzó con el habitual tratamiento de su cabello. Colocó un nuevo tinte, en esta ocasión de color naranja más que pelirrojo, y agregó laboriosamente unos amarres a sus rizos con pequeños trozos de papel de estaño. Después preparó la sofisticada pasta embellecedora elaborada a base de aguacate, que fue aplicando muy suavemente en su rostro y cuello. Era una mujer que apenas rebasaba el medio siglo, pero que se aferraba a su belleza y juventud con una fiereza indomita y perseverante. Una mujer frívola que disfrutaba de vivir

en la comarca de la intrascendencia.

La sorprendió el timbre del teléfono, que decidió no responder para no estropear el costoso tratamiento, cuyas indicaciones recomendaban, de manera especial, permanecer impávida durante no menos de veinte minutos después de la aplicación. El conestador le informó, al registrar el mensaje, que su esposo la llamaba desde su oficina para avsarle que esa noche regresaría más tarde que lo habitual.

Ataviada con aquella bata de colores vivos y contrastantes que había comprado en sus recientes vacaciones en Argel, se recostó en el sillón a esperar el tiempo prescrito por el tratamiento y para recordar aquellos tiempos en que su rostro bellísimo atraía como imán embrujado las miradas de los hombres de todas las edades y posiciones. Justo en ese momento escuchó claramente un ruido extraño en el piso inferior, seguramente proveniente de la sala. Su sorpresa fue grande y se alarmó al reflexionar que no podía tratarse de su esposo. El trayecto a su oficina le llevaba cuando menos cincuenta minutos, y hacía apenas diez que se había registrado el recado telefónico. Nadie más la visitaba y, en todo caso, ninguna persona inofensiva se habría atrevido a ingresar sin llamar a

la puerta. Escuchó de nuevo un sonido extraño, como si se abriera un cajón. No pudo evitar estremecerse y comenzó a angustiarse seriamente. Sin duda se trataba de un ladrón, en el menos grave de los casos. Su corazón palpitó agitadamente y se sintió prisionera en una trampa sin salida. Por supuesto que no intentaría bajar la escalera por ningún motivo.

“Que se lleve todo” —pensó— “solo que no vaya a hacerme daño”. “Pero ¿dónde esconderme?”

El terror se apoderó de ella cuando escuchó con claridad el familiar rechinado del sexto escalón de la escalera. De inmediato abrió con especial cuidado las puertas del ropero y se introdujo con sigilo. Cerró y quedó petrificada e inmóvil, aguantando incluso la respiración al escuchar abrirse la puerta de su recamara.

El ladrón entró muy despacio en la habitación, vestía un pasamontañas negro, se había retirado los zapatos y caminaba con especial cautela. Ella recordaba con preocupación que, no hacía mucho tiempo, apenas el año anterior, una ama de casa había sido víctima de violación y brutal asesinato en una población vecina.

Escuchó con terror cómo el siniestro ladrón abría el primer cajón de su cómoda, donde sin duda encontraría el

pequeño cofre con sus pocas, pero valiosas joyas, herencia de familia. Así, con los ojos desorbitados, fue imaginándolo abrir cada uno de los cuatro cajones de la cómoda y, en paralelo, consignaba en su mente con gran tristeza la pérdida de sus “modestos” objetos apreciables.

El pavor llegó a su clímax al identificar que el ladrón abría el cajón del buró de su marido, donde, de manera imprudente guardaba celosamente una pistola “para la defensa de la vida de ambos ante el eventual ataque de un ladrón”, solía decir paradójicamente su cónyuge.

El hombre encapuchado, en efecto, se estremeció al encontrar el revolver, que, después de pensarlo un instante, decidió introducir en el maletín muy apropiado que localizó en un clóset en el cuarto contiguo. Sólo faltaba el ropero.

El ladrón abrió con cierta violencia las puertas de aquel ropero que, atoradas, se resistían a descubrir a su propietaria. Ella levantó los brazos y, como una cantante de ópera, lanzó un terrible grito destemplado que seguramente se escuchó a varias millas a la redonda. Un aullido aterrador que, viniendo de aquel ropero antiguo de maderas muy gruesas, parecía más bien provenir de la mismísima ultratumba. El susto para aquel ladrón fue mayúscu-

lo, terrible. La imagen de aquella mujer con una capa multicolor que la envolvía, con la cara pintada de verde, el cabello naranja, las puntas metálicas plateadas en la cabeza, con los brazos en alto lanzando aquel grito demoníaco, debió parecerle una aparición infernal. Preso del terror, el ladrón se llevó las manos al pecho y se desplomó aniquilado por un fulminante ataque cardíaco.

La mujer continuó gritando durante unos minutos, hasta que se percató de la absoluta inmovilidad de su atacante. Temblaba al intentar salir del ropero, tropezó con el cadáver y gritó todavía más fuerte. Se incorporó de inmediato y salió dando tumbos para descender despavorida por la escalera. Abrió la puerta principal para salir, pero se regresó de inmediato, pensando que podría haber algún cómplice del maleante esperando afuera. Sin cerrar la puerta, se dirigió a la cocina, sacó el cuchillo más grande que encontró en un cajón y esperó unos minutos para calmarse. Seguía llorando al tomar el teléfono y llamar a su esposo, a quien trató de explicarle lo sucedido entre lágrimas y sollozos.

—¡Cálmate!, —le gritó el esposo en varias ocasiones. Con ese aplomo tan difícil de describir y que solo es característico de los ingleses

—Es absolutamente importante que regreses y confirmes que el ladrón continúa en el estado en que lo dejaste.

Subió temblorosa, con el teléfono en una mano y el cuchillo en la otra. Se percató que el ladrón permanecía inerte, “con las manos en el pecho y los ojos abiertos y muy fijos, mirando hacia el techo”, explicó.

—¡No toques nada, y espera a que vuelva a llamarte en un minuto!”, exclamó el marido.

Ella esperó en el pasillo, de pie entre la recámara y la escalera, mirando de reojo y con pavor el cadáver, hasta que sonó de nuevo el teléfono. En esta ocasión era un abogado, buen amigo de ellos, quien le pidió que le relatará con todo detalle lo acontecido.

—No muevas ni toques absolutamente nada, —le recomendó el consejero— Será muy útil también que no cambies en nada tu indumentaria y, sobre todo, que no te retires la aplicación de esa crema de aguacate, ni los papeles plateados de la cabeza, hasta que llegue la policía. Yo le llamaré.

Tras unos minutos, por la puerta principal, todavía abierta, entraron corriendo dos oficiales de policía que subieron con gran rapidez la escalera y tremendo susto se

llevaron al ver en el pasillo a aquella mujer con la misma imagen terrible que sobrecogió al ladrón, sólo que ahora llorando a gritos y con un gran cuchillo en la mano, al grado de que uno de los policías al tratar de retroceder, rodó por las escaleras y después tuvo que ser hospitalizado de emergencia.

Los detalles posteriores ya no importan tanto, sólo debe mencionarse que la pareja tuvo que cambiarse de población tres semanas después, incapaces de resistir el constante flujo de curiosos visitantes que acudían al pequeño pueblo expresamente para conocer de cerca a aquella mujer, cuya imagen había matado de miedo a un terrible ladrón y había dejado inválido a un oficial de policía.

El alcazar de mi padre

El despacho de mi padre era lúgubre y petulante, justo como él... con seguridad lo había ordenado así. Un escritorio anticuado de madera pesada y oscura se ubicaba en un rincón, acompañado de un sillón huraño y arrogante, como un trono dictatorial. Cortinas gruesas de terciopelo, color guinda desteñido ocultaban las ventanas. Por supuesto, no podía faltar un gran sofá de piel, sobrio y solemne, donde se sentaban dócilmente a recibir reprimendas y castigos intransigentes, todos aquellos que se atrevían a desafiar las sagradas reglas y normas de convivencia que imperaban en nuestra casa.

En uno de los muros pendía la pintura de un hombre viejo con gesto hosco y feroz, un antepasado de mi padre que, según el tío Anselmo, era ampliamente temido por su avaricia, autoritarismo y desalmada conducta. Detrás de un gesto entre altivo e irónico, surgía una mirada aterradora y repugnante. También figuraba el cuadro de otro vie-

jo pariente, ataviado con ropajes de obispo, de actitud enérgica y expresión fanática.

El lugar era señorial pero sombrío, y desprendía un aroma detestable. Las dos figuras extrañas de hierro fundido sobre el escritorio me provocaban una sensación fúnebre y rendían homenaje al vigor de mi padre. Se agregaba una mesa cuadrada, escueta, con una lámpara antigua —tétrica y siempre apagada— al lado de un librero viejo, repleto de publicaciones religiosas eternamente empolvadas, pero perfectamente alineadas. En otro de los muros culminaba la cabeza disecada de un jabalí con sonrisa diabólica.

Por fortuna, el libre acceso al despacho, oscuro y funesto de mi padre estaba estrictamente prohibido para todos.

El náufrago afortunado

Aquel escrito que retiró de la botella que le regaló el mar decía lo siguiente:

«Seguramente lo recordará. Se trata del naufragio del crucero “Aurora”, que se suscitó hace poco más de dos años en el trayecto entre Martinica y Barbados. Yo soy uno, tal vez el único, de los sobrevivientes que, aferrado a una llanta de salvación de madera, arribó medio muerto a esta pequeña isla que he bautizado con júbilo como: “La Isla del Renacimiento Mágico”.

Son muy diversos los elementos determinantes que me hacen confirmar que el principal yacimiento de agua dulce de mi isla mágica no es otro que la, tan buscada por varios siglos, fuente de la eterna juventud. Baste señalar que los trece únicos aborígenes que habitan la isla, ahora conmigo, (doce hombres y catorce monumentos de mujer), representan a tres generaciones, pero usted, al verlos, podrá jurar que son hermanos adolescentes todos. También puedo destacar que, gracias a mis baños

matutinos en este mágico manantial, las variadas y marcadas arrugas de mi cuerpo se han desvanecido por completo; mis músculos han recuperado fuerza, mis cabellos abandonaron el blanco y han vuelto a adquirir ese tono de negro azabache de antaño, en una cabellera que seguramente sería la envidia de cualquier joven músico actual o de la más bella modelo rusa de occidente.

Además, ahora puedo nadar cuatro mil brazadas sin interrupción o correr desde el amanecer hasta el anochecer sin registrar cansancio alguno. Todos los antiguos males se han esfumado. Creo que soy inmensamente feliz, aunque algunas noches me invade la tristeza por no poder compartir semejante bendición con alguno que otro forastero.

Por otra parte, mis exploraciones diarias se han tornado cada vez más emocionantes. Tengo pruebas fehacientes de que la “Isla del Renacimiento Mágico”, es justo la isla misteriosa que sirvió como refugio y escondite favorito de los más grandes piratas del siglo XVIII, algunos de los cuales no volvieron jamás a desenterrar sus tesoros. Yo he encontrado únicamente tres de estos cofres gigantes, que seguramente requirieron de al menos seis corsarios para transportarlos. Doblones de oro, perlas inmen-

sas como cerezas, diamantes de mil colores, esmeraldas, reliquias, zafiros, tiaras deslumbrantes, rubíes, turquesas y otras joyas, ornamentos y piedras preciosas desconocidas. Todas las riquezas que uno puede imaginar y que en esta isla solo sirven para nada, absolutamente nada. Y digo solamente tres arcas porque los aborígenes me han informado que el hermano bisabuelo, que murió poco antes de que yo llegara, —fulminado por un rayo diabólico— les había asegurado que en la isla había enterrados tantos tesoros cuantos árboles de secuoya gigantes había en su comarca. Es decir, treinta y dos. Tesoros que son considerados como una maldición por los nativos, quienes solo esperan que algunos de sus dioses vengan a liberarlos de esta amenaza y se lleven tan temibles talismanes fuera de su isla, para recuperar nuevamente la lluvia regular y su condición de lugar sagrado.

No quisiera dejar de narrarles mi aventura continua de estallido sexual con los seis monumentos al amor y la sensualidad que los aborígenes me han obsequiado graciosamente. La mayoría de ellos no no mantienen relaciones pues saben de su parentesco y de los riesgos implícitos. Yo, que nunca tuve una familia, ahora tengo seis esposas, o más bien debería decir: seis amantes. Mi lle-

gada les ha traído alegría a ellas, algo de lo que todos están contentos. La belleza más sofisticada. La tez más tersa jamás acariciada, los senos erguidos y desbordantes de lujuria, los muslos más apetitosos, que actúan como hermosos pedestales de las caderas más impresionantes y voluptuosas que he visto en mi vida.

Cada dos días alterno mi regocijo sexual con esas diosas del amor insaciables que nunca ceden. Siete orgasmos, acompañados de treinta y dos carcajadas de éxtasis, registró la morena de los ojos verdes en la última de mis aventuras eróticas. Es evidente que necesito de un respaldo solidario con urgencia.

Si tuviera más papel me adentraría, con detalle, en la exquisitez y variedad insólita de las frutas y verduras exóticas de la isla, o del succulento manjar de pescados y aves nunca vistos y ni siquiera imaginados.

Los nativos comparten todo entre ellos y conmigo, y disfrutan intensamente de hacerlo, pues compartir, constituye, sin duda, su mayor deleite. Por tal razón he decidido utilizar esta botella que me trajo el mar hace ya muchas lunas y esta hoja seca que se asemeja tanto a una hoja de papel, para invitar a compartir conmigo las maravillas del mágico renacimiento a cinco hombres de la quizá mal

llamada civilización occidental.

Tendrán que echar mano de toda su capacidad de localización y de su inteligencia, pero no quiero sorpresas, ya que únicamente compartiré mis múltiples tesoros cuando arribe el quinto explorador. Ni uno más, ni uno menos. Ninguna de las mujeres se quedará sin forastero, aun cuando sea en una relación de siete a uno. Sería una humillación imperdonable para ellas.

Pero también debo aclarar qué, para ser elegibles, mis invitados deben llegar solos a la isla. Los nativos, que tienen las excepcionales virtudes de pintarse de verde y confundirse con la selva, y de no errar con sus flechas a trescientos metros de distancia, tienen la instrucción de, ante el arribo de un grupo, eliminar al resto dejando con vida sólo a uno de ellos.

Os espero a los cinco, cada quién por su lado, asegurándoles que será una experiencia que cambiará sus vidas para siempre»

La caja de pan

Guardaba mis comisiones del día en el escondite de mis sueños. Aquella caja de pan fungía tan solo como receptáculo de mis ahorros que, al alcanzar cierta cantidad me permitirían renunciar al denigrante empleo de vendedor de ratoneras, casa por casa, y gritarle a mi petulante patrón, que su cruel explotación de mi esfuerzo laboral concluía para siempre.

La mentada caja de pannunca cumplió, en realidad, su función prevista, pues yo había retirado el pan como parte integral de mi dieta desde hacía ya varios años. Efectuaba, pues, el depósito rutinario cuando escuché el timbre de la puerta, lo que me sorprendió, ya que desde hacía un buen tiempo nadie me visitaba. Era mi nueva vecina, que con amabilidad empalagosa venía a ponerse a mis órdenes. Una mujer rolliza, ya mayor, de semblante amable y ojos tiernos.

A partir de ese día me resultó imposible deshacerme de ella. Cuando no me compartía algún postre exquisito, ofrecía hacerme alguna compra en el mercado, o me enteraba de algún acontecimiento relevante en el vecindario. La verdad es que me tenía abrumado de atenciones que yo no me atrevía a rechazar.

En ocasiones deslizaba alguna tarjeta por mi puerta deseándome un día pleno de alegría, o pegaba en mi puerta de entrada alguna estampa o imagen que estimaba muy bella, e incluso un poema siempre cursi, pero también siempre bien intencionado.

En cierta ocasión tuve que dejar la ciudad por tres días y ella me ofreció con gentileza regar mis plantas, lo cual acepté agradecido. Al regresar, el conserje me recibió con la noticia de que mi vecina, ante la muerte repentina de su padre, se vio obligada a mudarse el día anterior.

Entré a mi casa confundido, pero aún entusiasmado porque las nuevas comisiones me permitirían llegar al importe codiciado. Abrí la caja de pan y ¿qué me encontré? ¡Otra vez la vecina! Mi caja fuerte estaba saturada de pan y de una flor muy bella, en reemplazo de mis sueños.

La metáfora del Maestro

– Me han dicho que usted es un especialista en metáforas, Maestro. A mí sólo me encantan. Pues verá usted: en esta escuela las cosas son un poquitillo diferentes. En primer término, debo aclararle que aquí los maestros no mandan. Son los estudiantes quienes diseñan su propio programa de formación, ellos seleccionan las asignaturas en las que quieren formarse y, si desean que sus capacidades y conocimientos sean certificados, pues deben acudir a la Unidad de Evaluación y Certificación que es la encargada de evaluar y, en su caso, otorgar el certificado correspondiente. Quién tiene interés en un Certificado General como Profesional de su disciplina, debe cumplir con un cierto número mínimo de créditos.

Hablando de metáforas, aquí el buen profesor es como un buen arquitecto que no construye, pero que motiva, estimula y supervisa a los alumnos para que sean ellos quienes diseñen y construyan la obra. Todos nosotros, la

planta docente a la que usted aspira incorporarse, aceptamos que el verbo educar no es transitivo, donde el sujeto que ejecuta la acción es el maestro o el padre y el complemento directo que la recibe es el alumno; sino que se considera como un verbo reflexivo, en el que el estudiante se forma a sí mismo, con la orientación, asesoría y respaldo, eso sí, del catedrático y de sus padres.

Estamos convencidos de que el educando es el protagonista principal del proceso y que es el aprendizaje el que activa la enseñanza, y no viceversa. Sabemos bien que nadie aprende nada que no quiera aprender.

Su misión sería impulsarlos y respaldarlos para que sean ellos los arquitectos de un mañana que usted y yo ni siquiera podríamos imaginar. Ellos serán quienes deben proyectar la obra, decidir sobre la fortaleza de las columnas, seleccionar los materiales y diseñar el inmueble. Su encomienda Maestro, sería apoyarlos, apuntalarlos, aconsejarlos y aportar su experiencia y conocimientos para que sus decisiones estén debidamente fundamentadas, para que asciendan con seguridad creciente por los andamios y para que los pisos, los techos, los muros, las cúpulas, las torres y los terminados, formen una solución integral y armónica en ese palacio que habrán de inventar y

que será para usted y nosotros desconocido.

Usted podrá orientarlos sobre el cómo, pero serán ellos quienes decidan sobre el qué. Ellos habrán de seleccionar entre las opciones. El conocimiento preciso de las propiedades del cemento, la arcilla, el barro, el ladrillo y el adobe será, por supuesto, indispensable para la construcción sólida de la obra, pero la edificación en sí debe ser exclusivamente responsabilidad de ellos.

Además, toda la información sobre las propiedades de esos materiales y sobre la evolución histórica de la construcción, no deberá provenir de usted; deberá ser objeto y resultado de las investigaciones que ellos mismos realicen en las bibliotecas, en el Internet o donde les dé la gana. Usted solo debe proponer los diversos objetivos entre los que ellos habrán de elegir y en las opciones para realizarlos, podrá asesorarlos y darles su opinión sobre lo que considera importante que conozcan. Pero nunca dirigir. Debe organizar también los debates y la discusión entre ellos. Su cometido, Maestro, concluirá satisfactoriamente una vez que los estudiantes ya no lo necesiten para actuar con fundamento e inteligencia al ejercer, sin intromisión alguna, su plena libertad de ser y de construir.

En este colegio Maestro no formamos empleados,

espectadores ni inquilinos; aquí apoyamos la formación de emprendedores, actores y constructores. Debo tan solo agregar que los alumnos asisten a las clases cuando ellos quieren y permanecen el tiempo que decidan, sin que se aplique sanción alguna. Lo cual no deja de ser muy positivo también porque ya no es necesario perder tiempo pasando lista de asistencia.

Debo confesarle que nos preocupan más los cimientos y la estructura que las fachadas y los acabados. Debo también aclararle que una de las directrices de nuestro sistema establece que los profesores hablan poco, son los escolares quienes hablan mucho.

¡Ah! Y los estudiantes no le dicen Maestro ni le hablan de usted, sino que le llaman por su primer nombre y usan el tú.

Por cierto, no puedo dejar de mencionarle que usted sí está sujeto a una evaluación periódica, por parte de los alumnos, claro. Si el cincuenta por ciento más uno no está contento con usted pues será suspendido temporalmente. Reprobar una segunda vez dará motivo a la suspensión definitiva.

Cómo le había dicho, esta escuela es en cierta medida diferente.

Pero lo veo un poquito apesadumbrado, preocupado y boquiabierto Maestro, ¿Está usted seguro de que será capaz de asumir esta responsabilidad?

El hormiguero de los gusanos

Se quedó mirando fijamente al vacío mientras recordaba aquella primera vez que se dijo a sí mismo, en un silencio casi solemne.

—¡Qué difícil es vivir entre gusanos!

Recordaba también aquella mañana, un poco antes, en que cobró conciencia y preguntó.

—¿Cómo se pueden lograr los cambios, abuelo?

Y recibió aquella fulminante respuesta que le provocó por primera vez esa sensación de preocupación y desagrado que no habría de abandonarlo jamás.

—Tienes que convertirte en gusano.

Qué profunda indignación le causó lo que entonces le pareció una respuesta cínica, disfrazada de dogmática "madurez" y de aparente sensatez, típica de los adultos; y

poco tiempo después, la manifestación de una actitud es-
céptica, mezcla de realismo, experiencia y cobardía.

—Hay mucho que cambiar en el hormiguero, abuelo;
pero ¿por qué debo convertirme en gusano, si soy hor-
miga y quiero seguir siendo hormiga?

—Entonces límitate, como yo, a mirar y a recordar el
pasado; el presente y futuro del hormiguero, desde hace
buen tiempo, lo controlan, lo deciden y lo inventan los gu-
sanos.

—Yo no he conocido jamás a un gusano, abuelo.

—Ya lo conocerás, sin duda los conocerás; pudiste
haberlo evitado, pudiste haber fingido que no existen, pero
ya preguntaste, ya te preguntaste por qué; el encuentro
ahora es inevitable.

—Las decisiones importantes en un hormiguero de-
berían ser tomadas por las hormigas, abuelo.

—Deberían, hijo, deberían.

—¿No hay hormigueros sin gusanos, abuelo?

—No lo sé, y aunque hubiera otros, el caso es que
este es tu hormiguero.

—Será lo que sea, pero no estoy dispuesto a con-
vertirme en gusano, abuelo; quiero crecer y vivir como hor-
miga, y también quiero morir como hormiga; pero mientras

llega ese momento, quiero hacer algo, no pienso quedarme tan solo mirando cómo las cosas suceden, mientras las hormigas siguen muriendo de pobreza y de tristeza.

—Pues, allá tú.

—¿Cómo son los gusanos, abuelo?

—Parecen hormigas, tienen patas de hormiga, tienen cabeza de hormiga, tienen antenas de hormiga, pero son gusanos. Hablan como hormigas, dicen que sienten como hormigas; a veces lloran, o como que lloran, como hormigas, pero son gusanos.

—Si son tan buenos para disfrazarse, debe ser muy difícil reconocer a los gusanos abuelo.

—No es fácil identificarlos y es peligroso descubrirlos, sobre todo al principio. Ellos jamás reconocen que son gusanos; por el contrario, se la pasan diciendo, y a veces gritando, que son hormigas.

—¿Cómo piensan los gusanos, abuelo? ¿Cómo sienten?

—Ese es uno de los principales problemas, hijo. Nunca dicen lo que verdaderamente piensan y, más bien, siempre dicen lo que no sienten. En realidad, yo ya no estoy muy seguro de si en verdad piensan, y cada vez me parece más que tampoco sienten. Es cierto que ellos repi-

ten sin cesar que lo importante es pensar, es sentir, es ser; pero de lo único que se ocupan en realidad es de aparentar, y sobre todo, de encaramarse y de poseer. Eso sí les preocupa de veras; ellos están dispuestos a todo con tal de que no les falte nada, y son capaces de matarse entre sí por llegar más arriba y por tener más.

—¿Tener más qué, abuelo?

—Cosas, hijo, cosas, siempre cosas. ¿Tener o no tener? Eh. ahí está el dilema de los gusanos. También quieren poder, es cierto.

—¿Poder qué, abuelo? ¿Para qué?

—Poder, para... para poder tener simplemente. En otras ocasiones lo quieren para presumirlo. Creo que lo disfrutan de veras, pues siempre que lo consiguen se les fija en el rostro una sonrisa muy extraña. Creo que les gusta mucho que los otros gusanos los envidien, sin importar mucho de qué.

—Si me mira un gusano, si me habla, ¿podría reconocerlo?

—Tal vez, pero es difícil que te vean; los gusanos nunca miran hacia abajo; siempre están muy ocupados viendo hacia arriba. Solo les interesa hablar con los gusanos de más arriba. Siempre están averiguando qué es lo

que quieren escuchar para ser los primeros en decírselo, aunque sea mentira.

—¿Y sus hijos, abuelo? Ellos me podrían decir si sus padres son gusanos.

—Eso tampoco es fácil; los hijos casi nunca saben que sus padres son gusanos, y los que se enteran es porque ya se convirtieron ellos también en gusanos. y entonces insisten en que sus padres de ninguna manera son gusanos, e incluso afirman que son de las mejores hormigas. Es cierto que algunas pocas hormigas, al darse cuenta de que sus padres se convirtieron en gusanos, se vuelven serias, y casi siempre prefieren no volver a hablar; pero es difícil encontrarlas, pues muchas de ellas se van por el camino de las piedras color de coral, al lugar blanco de arena de mar, donde dicen que se van a esconder las hormigas tristes.

—¿Son muchos los gusanos, abuelo?

—Pues, no son muchos, son más bien pocos, pero tal parece que siempre son suficientes.

—¿Y si les mando una carta, una carta extensa donde les explique detenidamente lo que pensamos y sentimos las hormigas?

—¡Uhhh!, no, hijo, los gusanos nunca leen. Yo siem-

pre he pensado que no saben leer; tal vez nunca aprendieron. Creo que solo les enseñaron a hacer como que leen; todo lo intuyen, todo lo suponen. “Pónmelo en una nota breve”, dicen siempre.

—¿Y una revolución, abuelo?

—No sirve de mucho, ya ha pasado; pero se mueren muchas hormigas y después de que la revolución triunfa, si es que triunfa, las hormigas que pelearon con mayor coraje se convierten rápidamente en gusanos y al poco tiempo todo sigue igual, o peor.

—No es justo, abuelo.

—No, no es justo, hijo.

—Y si me finjo gusano, abuelo; si les hago creer que soy gusano y, una vez allí, entre ellos, trato de provocar los cambios, sin que se den cuenta.

—Eso puede ser todavía más peligroso, hijo; te puedes confundir y podría llegar un momento en que no sabrías si eres una hormiga simulándote ante ellos como gusano, o si eres un gusano haciéndote pasar entre nosotros como hormiga.

—Y, además de las cosas, ¿qué buscan los gusanos? ¿Qué cambios quieren?

—Todos los cambios que sean necesarios para que

nada cambie; esos son los únicos cambios que buscan y que permiten.

—Por lo que dicen, abuelo, por aquello que dicen debo poder reconocerlos.

—No será sencillo, cambian mucho. Hoy dicen blanco, mañana negro; ellos nunca dicen lo que quieren decir, sino lo que los demás quieren escuchar, y no tienen problema con eso, pues ellos no hablan jamás consigo mismos, como lo hacen las hormigas. Los gusanos tienen algunas expresiones, sin embargo, que inventaron ellos y que, por cierto, las hormigas nunca usan.

—¿Cuáles, abuelo? ¿Cuáles frases? ¿Cuáles son esas palabras que sólo ellos dicen? Por ahí podré descubrirlos.

—Verás, hay ciertas frases que les gustan mucho o que sólo ellos se atreven a decir. Por ejemplo, los gusanos dicen muy seguido a otros gusanos: ¡*Sí señor, por supuesto!*

—Pero eso no es raro, abuelo; muchas hormigas están también de acuerdo con lo que dicen otras hormigas.

—No, hijo; lo raro aquí es que dicen: ¡*Sí señor, por supuesto!*, antes de que haya hablado el otro gusano.

También, cuando hablan de felicidad, usan frases diferentes. Por ejemplo, los gusanos a ser feliz le llaman: "tener éxito", y dicen que para lograrlo: "*Lo importante es el contacto*".

—¿Y eso, qué es, abuelo?

—Pues la mera verdad, quién sabe; pero lo usan mucho. Y por ahí dicen qué en eso de buscar y mantener contactos, a los gusanos se les acaba el tiempo tan pronto como la vergüenza. También les interesa mucho "*hacer negocios*".

—¿Qué es eso de "hacer negocios", abuelo?

—Pues tampoco sé muy bien, pero creo que se trata de ganar mucho trabajando poco. La realidad es que siempre que cierran lo que ellos llaman "un buen negocio", muchas hormigas padecen.

—¿Qué otras frases dicen, abuelo?

—Pues...déjame recordar, Verás, tienen muchas expresiones extrañas; con frecuencia dicen: "*No se puede ser tan rígido, hay que ser flexibles*".

—¿Flexibles con qué, abuelo?

—Pues tampoco lo sé, aunque, ya conociéndolos mejor, sospecho que, según ellos, hay que ser flexibles con lo que no se debe ser flexible, digo, si uno quiere se-

guir teniendo respeto por sí mismo. Yo creo que se trata de esto o de algo parecido, porque estas frases, como muchas otras, las dicen los gusanos siempre susurrando, como a escondidas, como para que pocos escuchen

—¿Qué otras, abuelo? ¡Acuérdate!

—Hay una que dicen a menudo y solo entre ellos y que, no sé por qué, pero a mí se me figura que tiene mucho que ver con toda esta calamidad que últimamente se le ha venido encima del hormiguero, y es la frase que dice: "Lo importante es que parezca".

—¿Qué parezca qué, abuelo?

—Pues, todo; que parezca que es lo que no es; que parezca que sí, cuando no es; que parezca que se hace, cuando no se hace; que se tiene, cuando no se tiene; que se piensa, cuando no se piensa, que se es, sin serlo. Todo, hijo, que parezca todo, aunque no sea nada.

—Qué mal, abuelo. Con tanto que hay que hacer para que las hormigas no sigan siendo cada vez más pobres y más tristes, y esta actitud de los gusanos, estoy seguro, ha sido siempre y seguirá siendo el principal obstáculo para lograrlo.

—Combatir la pobreza es una de las principales preocupaciones de los discursos de los gusanos, aunque

yo los he escuchado decir, en voz baja, entre ellos solos, que las hormigas pobres son pobres porque son flojas, porque no tienen ambiciones, porque no son "*gente decente*".

Han pasado muchos años desde aquella primera vez en que su abuelo le explicó lo de los gusanos. Hasta cierto punto, era una lástima que ya no pudiera contarle lo que fue sucediendo después, cuando se fue taciturno por el camino de las piedras color de coral, y, sobre todo, lo que estaba por acontecer y que iniciaría esa misma noche.

—¿Cómo habría reaccionado el abuelo, al saber que iba a pasar lo que va a pasar? Es difícil saberlo, o tal vez no. Él siempre fue muy recto, aunque al final ya estaba muy desanimado. Quizás es mejor que ya no esté, aunque no cabe duda de que lo hubiera sentido muy intensamente. Seguramente algunas lágrimas habrían sido inevitables. De todas maneras, este va a ser un gran día; lo he esperado por tanto tiempo. Las preocupaciones y las cosas ya no van a ser como antes.

Nuevamente se quedó mirando fijamente al vacío, cuando fue interrumpido por uno de sus sirvientes, quien le anunciaba la llegada del gran señor, de una manera tan

triste y sumisa que no dejó de molestarle. Al apresurarse para recibir al recién llegado con los honores que seguramente merecía, iba pensando en la mirada inexpresiva e incómoda del sirviente y se dijo a sí mismo:

—¡Qué difícil es vivir entre tantas hormigas!

Las incongruencias del Ministro

“Y en mí encontrareis siempre, trabajadores españoles, a un luchador incansable e invencible por el respeto a vuestros derechos, que son sagrados. No permitiré que patrón alguno eluda sus responsabilidades legales de cubriros un salario justo, un salario mucho más allá del mínimo que establece la Ley, que sea acorde con vuestro gran esfuerzo laboral y vuestra extraordinaria aportación al desarrollo económico y social de España. Seré implacable con quienes se atrevan a eludir el otorgamiento de las prestaciones de ley, que deben garantizar a todos nuestros trabajadores—independientemente del sexo, tipo de trabajo, edad u origen— una vida digna y sana, así como un futuro pleno de tranquilidad y suficiencia para ellos y para sus familias”.

Así concluyó su emotivo discurso don Germán Mén-

dez de Vigo y Santamaría, ministro de Empleo y Seguridad Social del gobierno español, aquel primero de mayo en el Gran Congreso de los Trabajadores de España, cuya tumultuosa representación se desbordó en aplausos, aclamaciones y gritos de entusiasmo.

Al concluir aquella diatriba contra los patrones explotadores, se fue retirando mientras saludaba a todos de mano, abrumado de felicitaciones y abrazos. Todavía quiso ir a su oficina a revisar y firmar algunos “oficios y decretos importantes para los trabajadores de España”, según expresó a sus seguidores. En realidad, quería deleitarse tranquilamente, en compañía de un buen whiskey de malta, con el video de su discurso que le obsequiaron los organizadores del evento. También quería confirmar que su brillante intervención había sido difundida con la cobertura y los reconocimientos merecidos por los noticieros de la noche.

Esperaba que, al día siguiente y, por qué no, quizás hasta esa misma noche, el presidente del Gobierno lo llamara por teléfono para felicitarlo. Lo cual ingratamente no sucedió. Así que, por ahí de las once de la noche, después de recrearse con aquella grabación, decidió regresar a su suntuosa residencia, todavía de plácemes con tantas en-

horabuena y congratulaciones recibidas durante el día.

Menuda sorpresa se llevó al ser recibido por su abnegada esposa con una queja alarmante:

—No te lo imaginas, pero esta tarde, Charkia, nuestra sirvienta, se atrevió a decirme, con gran desfachatez, que si sería posible que le paguemos el salario mínimo que establece la ley. ¿Podrías creerlo? Que últimamente ha gastado mucho en doctores con su nueva enfermedad y que ya casi no envía nada a sus hijos. Seguramente alguien la está mal aconsejando.

—¿La ley? —replicó el ministro—. ¿Cuál ley?, si ella es una ilegal. Debería vivir eternamente agradecida de que no la denunciemos ante las autoridades de migración. ¿Y nosotros qué tenemos que ver con sus problemas? ¿Para qué tuvo hijos? Está pagando el precio de su irresponsabilidad. Todas las familias decentes en España le pagarían lo mismo o incluso menos que nosotros. Dile que debe tomar en cuenta que le damos casa y, algunas veces, hasta come lo mismo que nosotros, por lo que no le cobramos ni un céntimo.

—Pues también me preguntó que si no podría reducirle la jornada de trabajo a diez horas, porque con la enfermedad estaba muy cansada —añadió la esposa—. Y

también me insistió en que le preocupaba qué pasará con ella después de cumplir los sesenta, pues ya está muy cercana y no tiene ahorros. No sé que pretendía insinuar-me.

—¡Haragana! Se le olvida que le damos cada semana todo un mediodía libre. Y cuando ya esté muy vieja para trabajar con ahinco, pues lo que deberá hacer es regresar a su pueblo en Marruecos, donde todo es más barato y de donde no debió haber salido nunca. Y también dile que tenga mucho cuidado con sus quejas desmedidas, porque yo soy un ministro del Gobierno de España y puedo hacer que las cosas no sean muy agradables para ella.

Un encuentro con su pasado y la igualdad de género

Abrió las cortinas de la ventana y se sorprendió al constatar que aquella vista, en realidad, no había cambiado tanto en veinte años. Tuvo la sensación de haber transcurrido en el tiempo. Era un día de gratos encuentros con su pasado. No podía creer que había permitido que transcurrieran dos décadas sin regresar a su pueblo natal, sin convivir físicamente con sus padres, sin encontrarse con sus amigos, sin caminar por aquellas veredas que ahora contemplaba con profunda nostalgia desde su habitación, que había permanecido intacta, tal como la abandonó aquella tarde de verano en que decidió lanzarse a conquistar el mundo, justo el día en que cumplía veinte años.

Qué agradable sensación de refugiarse otra vez en su guarida, como él la llamaba. Esa cama angosta pero

acogedora, ese escritorio antiguo que le había heredado el abuelo, sus fotos, sus dos trofeos, sus libros, que seguramente fueron los principales culpables de que se atreviera a la osadía de recorrer tantos países como nunca imaginó. Escudriñaba en los cajones, avivando los recuerdos. De repente se topó con una fotografía de Adelina, la novia del bachillerato, a quien abandonó engañándola con el cuento de que regresaría en un mes. Sabía bien que su aventura no contemplaba un regreso y así es como lo quería.

Le parecía increíble pero aún recordaba el número de teléfono de su casa, quizás porque le llamó a diario durante casi tres años, aquellos de su noviazgo. No volvió a establecer contacto con ella por ningún medio. Muy probablemente, en aquel entonces, pensaba que era mejor que ella lo olvidara y que hiciera su vida sin considerarlo en absoluto. Adelina era una chica muy atractiva, además de inquieta y talentosa. Cada día aumentaba su capacidad crítica y su actitud rebelde. La recordaba siempre con mucho cariño y, algunas veces, hasta la extrañaba. Tan sencilla y diferente a todas las mujeres con las que se fue vinculando a lo largo de su travesía.

Lo pensó durante todo el día y, ya de noche, se con-

venció y decidió llamarla. Respondió su madre, quien le informó que Adelina se encontraba en su oficina, pero que podría llamarle al número de su teléfono móvil. Estaba segura, le dijo, de que para ella sería una sorpresa muy agradable. Se armó de valor e hizo la llamada. La conversación se dio más o menos así:

—¿Delfina? Soy Elmer.

—¿Elmer? Cuál Elmer, —replicó ella.

—Elmer Saavedra, tal vez me recuerdes, fuimos novios hace algunos años

—El-mer Saa-ve-dra, pero no puede ser. Yo estaba segura de que habías sucumbido en algún ataque terrorista del Medio Oriente. Mira que no fueron “algunos años”, fueron veinte años desde aquella fecha en que simplemente desapareciste, te esfumaste, como suelen hacer buena parte de tus congéneres. Pero en realidad ya no importa. A las nuevas mujeres ya no nos preocupa ni nos inquieta; cada vez necesitamos menos de los hombres.

—Sí, verdad. Creo que tenemos mucho que contarnos. ¿Por qué no comemos o cenamos, Delfina? Me dará un gran gusto verte y conversar contigo.

—Pues... no lo sé... pero creo que es una idea que a fin de cuentas, puede resultar interesante.

—¿Te parece que pase por ti a tu casa? Tengo el auto de mi padre.

—¿Pasar por mí? Pero ¿qué te pasa? ¿Estás loco? ¿Me crees una inválida, una incapaz...? Nos vemos a las ocho en el restaurante El Bodegón.

Delfina colgó y Elmer permaneció más desconcertado que callado.

Diez minutos antes de las ocho ya estaba sentado en aquel restaurante que casi había olvidado, disfrutando de su cerveza favorita de aquellos tiempos.

Vio entrar a Delfina al restaurante, más guapa que nunca, con unos pantalones blancos ajustados y un bléiser azul claro, caminando con gran seguridad y prestancia. Le dio un gran gusto verla, se saludaron con un beso en la mejilla y un abrazo prolongado.

—Qué placer verte, *Délfín*, —le dijo, como acostumbraba a llamarla.

—El placer es mío, —respondió ella—: Veinte años y sigues igual. No cabe duda de que las que nos acabamos somos las mujeres, y eso es explicable. Ah, y por

favor, no me llames *Délfín*, me parece muy cursi. Mi nombre es Delfina.

Elmer levantó las cejas y retiró la silla para invitarla a tomar asiento.

—¿Qué te pasa? —replicó ella— ¿me vas a quitar la silla?

—No, —dijo Elmer— la retiraba solo para que pudieras sentarte.

—Eso lo puedo hacer yo perfectamente, mi querido amigo, —respondió—. Pues, ¿qué es lo que has aprendido en las Europas?

—Cuéntame —dijo ella—, ¿qué es de tu madre? Aquella pobre mujer esclavizada por tu padre. ¿Todavía vive? Si es que a eso se le puede llamar vivir.

—Pues sí, todavía, por fortuna. —contestó Elmer— No sabes el gran placer que me ha dado volver a verla y el gusto de que se encuentre muy bien de salud.

—Me imagino —dijo ella— Ahora tienes nuevamente quién te lave la ropa y te haga de comer, quien se haga cargo de tender la cama, de barrer, de trapear, de sacudir, de sacar la basura, de lavar los platos, de hacer las compras, en fin, de todo lo que para los hombres es molesto, aburrido, intrascendente y nada interesante.

Elmer suspiró y le dijo:

—¿Por qué no mejor tú me cuentas de tu trabajo, de lo que has hecho todos estos años?

—¡Uff! Mi trabajo, pues como el de todas las mujeres del mundo: aburrido, mal pagado, mal reconocido y siempre sorteando el acoso de los hombres, que son los que imponen las reglas del juego.

—Pues fíjate que yo, en cambio, he tenido la suerte de desempeñar un trabajo cada vez más interesante y con una oportunidad creciente de ayudar a los demás.

—Claro, eres hombre. Y por favor, no me vayas a lanzar la letanía de tu gran trayectoria profesional y la mentira de tus grandes proyectos futuros, como hacen todos los hombres. Eso a mí me aburre como no tienes idea.

—Tienes razón, cambiemos de tema. ¿No te has casado?

—¿Yo? ¿Casada? —replicó Delfina, abriendo exigentemente los ojos—. Estaría loca. Ya me veo yo lavando ropa, cuidando niños y protegiendo el patrimonio de un hombre explotador y violento, como es la costumbre. No querido. Yo no soy de esas. Soy una militante activa de diversos movimientos de defensa de la mujer. Me casé con el feminismo.

—No me digas, qué bien. Yo también formo parte en Suecia de una organización que lucha por la igualdad; por la igualdad de género y por la igualdad social.

—No, Elmercito, esas organizaciones mixtas no sirven. Los hombres siempre se apoderan de los puestos directivos y terminan decidiendo todo. La igualdad en poder de los hombres, ja, ja, la iglesia en manos de Lutero.

—¿Y no te ha interesado participar en la política? Es manifiesta tu capacidad combativa y tu interés por transformar la realidad.

—¿La política? Qué disparate. La política, en todo el mundo, solo sirve para que los hombres se hagan cada vez más ricos, sin justificación alguna, para encubrir sus trampas y también para perpetuar el sometimiento de las mujeres. Esto ha sido así desde que yo estaba en la primaria.

—Por cierto, yo guardo un recuerdo muy agradable de nuestra escuela. —mencionó Elmer con una sonrisa prudente.

—Claro, tú eres hombre, pues yo no recuerdo nada agradable de aquel entonces. Los canallas maestros tratando siempre de persuadirnos a las niñas de aceptar el rol que por siglos los propios hombres nos han impuesto

injustamente. Nos preparaban para obedecer, trataban de convencernos de que nuestro destino era transitar de la dependencia paterna a la dependencia conyugal, sobre todo para perpetuar con hijos su estirpe; hijos que ellas tendrían que crear, cuidar y educar por supuesto, pero sin opinar ni actuar jamás.

—Coincido contigo en algunos planteamientos, pero no todos los hombres piensan igual, Delfina, al menos no en todo el mundo.

—¿Qué dices? Todos, Elmercito, ¡todos son iguales! Y no me vengas con el cuento de que tú eres diferente, y de una vez te advierto que, a mí, no me vas a llevar a la cama, por muy letrado y mundano que te sientas.

—Pues, la verdad no era mi intención, solo quería conversar contigo.

—Sí, claro. Eso dicen todos, pero no piensan en otra cosa.

—Sabes, —dijo Elmer—, yo tengo una novia, a la que adoro.

—Y a la que engañas seguramente cada vez que se te presenta la oportunidad. Estoy segura. Todos son la misma escoria.

Un hombre fornido, de cabello muy negro y sonrisa

explosiva, con vestimenta de mesero, se acercó bruscamente y lo rescató de aquella situación que comenzaba a exasperarle.

—¡Elmer! —gritó— ¿Eres tú?

Él volteó y su rostro se llenó de alegría al confirmar que se trataba de aquel muchacho que por muchos años fue su mejor amigo, el hijo de la mujer que ayudaba a su madre y que él llamaba “Nani”, con gran cariño. Se incorporó súbitamente, le dio un gran abrazo y le plasmó un beso en la mejilla.

—Gregorio, hermano, —gritó Elmer—, qué súper gusto. Qué es de tu vida.

—Pues trabajo aquí desde hace ya varios años, como mesero.

Tenían veinte años sin verse; el regocijo de ambos era evidente. De súbito, a Elmer se le vinieron encima las vivencias y las aventuras que disfrutaron juntos durante su infancia y su adolescencia.

—Y esta linda chica, ¿es acaso tu novia? —preguntó Gregorio.

—Por supuesto que no —corrigió de inmediato Delina—. ¡Brincos diera!

Elmer simplemente la ignoró —Es tan solo una an-

tigua compañera del colegio —agregó— pero nosotros debemos reunirnos, tenemos tanto de qué hablar.

—Mañana es mi día de descanso, ¿qué tal si vienes a comer a la casa? Así conocerás a mi esposa y a mis dos hijas. Son una maravilla.

—Encantado —replicó Elmer—. ¿Dónde nos vemos? ¿A qué hora?

—Yo paso por ti a las dos de la tarde.

—Perfecto. ¿Sabes dónde?

—Cómo eres burro, —dijo Gregorio riéndose—, se te olvida que, durante mis primeros quince años, tu casa fue mi casa.

Se dieron un segundo abrazo afectuoso y se despidieron.

Delfina estaba indignada y ciertamente molesta. Lo miró fijamente y le dijo

—No te das cuenta de que me estás poniendo en ridículo, Uno no viene al mejor restaurante de la ciudad a abrazarse y besarse con los meseros. No somos iguales. Ustedes, los hombres, no tienen la menor conciencia de la diferencia de clases.

Elmer se abocó a disfrutar de aquellos platillos que le alborotaban la nostalgia y los recuerdos y limitó sus co-

mentarios a la riqueza culinaria de su país. Ella, si bien re-negando y criticando, se comió hasta el último bocado de lo que ordenó. Al terminar, pidieron un café, que acompañaron él con un brandy y ella con un Kahlúa. Elmer los bebió lentamente y después apoyó los codos sobre la mesa, recargó su cara sobre los puños y la miró complaciente, con una mirada de resignación. Pidieron un segundo digestivo y él la siguió escuchando durante unos cuarenta minutos más, Mientras ella hablaba sin parar sobre la lucha feminista y la igualdad de género, quejándose de su condición de mujer y criticando a los hombres, culpables únicos de todas las calamidades del planeta.

De improviso, Elmer, realmente exhausto, la interrumpió y le dijo:

—Sabes, Delfina, creo que es buena hora para partir; mañana tengo cosas importantes que hacer y todavía no me he acomodado al nuevo horario. —Llamó a un mesero y le dijo:

—Amigo, ¿me puedes dar mi cuenta, por favor.

—¿Su cuenta? La cuenta de ambos quiere decir, ¿verdad?

—No, de ninguna manera. Sería una ofensa imperdonable para la señorita. Ella te pedirá la suya cuando es-

time conveniente retirarse. Dame solo mi cuenta y agrega un veinte por ciento de propina, por favor. Si acaso supones que las mujeres no son autosuficientes, te equivocas, amigo.

Delfina se quedó petrificada, pues jamás le había sucedido algo parecido y sabía bien que no llevaba consigo suficiente dinero ni una tarjeta de crédito, las cuales ella detestaba porque las consideraba otro instrumento más de dominación por parte de los hombres. Ella recibía incontables invitaciones a comer y a cenar, pero jamás un hombre se había atrevido a inferirle semejante descortesía.

Comenzó a buscar con desesperación en su bolsa, sabiendo que no encontraría lo que infructuosamente buscaba.

—Soy una burra, —dijo—, creo que he olvidado mi cartera. Con las prisas y mi decisión de no llegar tarde, seguramente la dejé en el otro bolso.

Se buscó apresuradamente en las bolsas del pantalón y del saco, con una expresión descompuesta.

—Búscate bien, estoy seguro de que la encontrarás, —dijo Elmer mientras ingresaba el código de su tarjeta en el dispositivo electrónico que le trajo el mesero.

—No, definitivamente no la traigo —replicó Delfina, con una mezcla de nerviosismo y malestar—. Ya busqué bien. La cartera no está en mi bolsa. Soy una verdadera tonta y una olvidadiza...

Elmer la miraba sin inmutarse. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que una sonrisa, aun ligera, se dibujara en su rostro. Simplemente entrelazó las manos detrás de la nuca y se recostó ligeramente en la silla. Permaneció así durante unos minutos, contemplando la evolución del momento y los movimientos atropellados de búsqueda, que delataban la creciente preocupación de Delfina. Después se incorporó con parsimonia y, mientras se ponía el saco, se acercó y le dijo al oído, como susurrando:

—Te voy a dar un consejo: déjales tu reloj. Es como nosotros hacemos.

Elmer se despidió besándole la mano y diciendo.

—Fue muy grato y aleccionador volver a verte, Delfina. ¡Disfruta de la vida!, que también tiene sus momentos agradables.

Se dio la vuelta y partió, caminando tranquilamente.

¿Llevará mi nombre?

Andábamos impulsando proyectos productivos en comunidades marginadas, basados en la metodología que yo había diseñado en conjunto con los propios productores de muy bajos ingresos; aunque, más bien, debería de decir productoras, pues en la gran mayoría de los casos se trataba de mujeres qué, en mi querido México, — injusto por desgracia— siempre han sido y siguen siendo las más pobres de los pobres.

Visitábamos la comunidad rural de Las Ánimas, en el municipio de Aquismón, en la Huasteca Potosina. La situación era delicada, pues por tercer año consecutivo la región enfrentaba una helada particularmente severa, en la que el cultivo del guayabo nuevamente dejaba de ser su fuente principal de sustento.

En el atrio de la iglesia explicaba yo a treinta o cuarenta mujeres de la localidad —casi todas las mujeres del pueblo— cómo podría funcionar el proyecto productivo

que les invitábamos a construir de manera conjunta en su comunidad, en esta ocasión a través de la elaboración y comercialización de sus obras de arte popular textil, por medio de las cuales proyectaban su cultura indígena, con incomparable destreza y singular sensibilidad.

Frente a mí, a menos de un metro, me miraba fijamente una mujer muy delgada, —o más bien, flaca, para ser más preciso— con una expresión de curiosidad manifiesta y evidente escepticismo. Uno de los compañeros, que acompañaba la expedición, me señaló, con poco tino y menos prudencia, refiriéndose a su esbeltez exagerada:

—Esta mujer no llega ni al viernes.

En un cierto momento, yo trataba de explicar que en el proyecto los beneficios para cada quien iban a depender directamente del esfuerzo y de la calidad del trabajo respectivo.

—Si por ejemplo...¿Tú cómo te llamas?, —le pregunté a aquella mujer, cuya mirada empezaba a perforarme la conciencia.

—Gertrudis —me respondió.

—Gertrudis qué —le repliqué.

—Gertrudis Sánchez —me dijo con voz muy firme y con un tono malhumorado.

—¡Anda! —exclamé. —Como el General de la Revolución.

—¿Cuál general? ¿Cuál general? —me protestó Gertrudis, claramente enfadada.

—En efecto, en la Revolución Mexicana desempeñó un papel protagónico un general llamado justamente Gertrudis Sánchez, en esa época algunos nombres se utilizaban indistintamente con hembras y varones. Era evidente que esta Gertrudis no tenía noticias del otro Gertrudis y la verdad fue un error mencionarlo.

—No, no me hagas caso respondí —reconociendo mi torpeza.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté a una segunda mujer que estaba a su lado

—Bartola Pérez Pérez— me respondió

— Entonces, si Bartola trabaja el doble que Gertrudis, pues Bartola seguramente ganará el doble por su trabajo. Ahora, si las dos trabajan lo mismo, pero Gertrudis trabaja con más calidad que Bartola, pues es muy probable que Gertrudis ganará más que Bartola, porque sus productos podrán venderse a un mejor precio en el mercado.

—¿Y cómo van a saber que el producto mejor hecho lo hizo Gertrudis? —me preguntó una tercera.

—Pues porque ese producto tendrá una etiqueta en que se indicará que se elaboró en Las Ánimas, San Luis Potosí, y que fue hecho justo por Gertrudis Sánchez, además de que aquellas personas que adquieran sus productos recibirán un folleto en que figurarán las fotos de todas ustedes y de sus trabajos, para que puedan identificarlas; así le podrán decir a sus amistades “Mira esta blusa tan linda, fue bordada por esta artista que se llama Gertrudis Sánchez, de la comunidad de Las Ánimas, en San Luis Potosí”—respondí.

La expresión de Gertrudis brincó súbitamente del escepticismo a la sorpresa.

—¿*Va a traer mi nombre?*, —me cuestionó en voz muy alta, como si ignorase que había alguien más presente en nuestro diálogo.

—Mi trabajo, ¿*va a traer mi nombre?* —insistió.

—Sí, por supuesto. *Va a traer tu nombre.* ¿Tú qué haces? —le pregunté.

—Bordo blusas, —me respondió.

—Pues tu nombre no estará en la blusa, pero sí en la etiqueta que irá con la blusa. Todo el mundo sabrá que tú la hiciste, —precisé.

—*Todo el mundo*, —murmuró ya sin preguntar.

A partir de ese instante, Gertrudis Sánchez dejó de formar parte de mi auditorio. Su mirada se apartó de mis ojos y se perdió en el horizonte. Hablé todavía por más de una hora, explicando el proyecto con mayor detalle, aclarando dudas y respondiendo preguntas, pero Gertrudis Sánchez, a un metro de mis palabras, no escuchaba nada, absolutamente nada. Recuerdo que, al continuar hablando, me decía a mí mismo al mirarla: “Esta no me está escuchando nada”.

Gertrudis Sánchez volaba. Nada más, pero nada menos, volaba o soñaba con volar por los senderos áridos del viento helado de Las Ánimas.

Concluí la plática y acordamos algunas acciones. Me movía de un lado a otro, despidiéndome de mano de cada una de las mujeres. Y noté que Gertrudis Sánchez me seguía. Es más, no se me despegaba.

En un entre—despidos, se me acercó y, clavando de nuevo la mirada de sus ojos muy negros en los míos, me dijo:

—Entonces... ¿va a traer mi nombre?

—Sí, Gertrudis, todas las blusas que tú bordes tendrán una etiqueta con tu nombre: “*Blusa de Gertrudis Sánchez*”.

Me miró todavía más fijo, estiró los brazos y me mostró aquel trozo de tela arrugado que llevaba con ella.

—Yo hago esto, —me dijo, en un tono casi solemne.

Yo desarrugué aquella pieza. Era una blusa, en efecto, o más bien un trozo de tela medio bordada que estaba en el proceso de convertirse en una blusa.

La extendí y entonces lancé aquel comentario idiota, que delató mi procedencia, o más bien mi obligada pertenencia a un estrato, lamentable e inexcusablemente insensible a las cosas en verdad significativas; un comentario del que me he arrepentido siempre a partir de aquella tarde:

—Es una blusa. ¡Qué bonita blusa Gertrudis! —le aseguré, con voz condescendiente. Todavía me enfurece haber dicho semejante falsedad. No es necesario comprender algo para sentirlo.

Gertrudis me arrebató el prospecto de blusa y me lanzó aquel fulminante e inolvidable reproche.

—Lo que pasa, es que usted no sabe nada de esto. Esto, sépaselo, está bien mal hecho... pero si va a llevar mi nombre, va a ver. —me lo dijo levantando su mano en señal de advertencia

Y yo, en un afán de corregir mi comentario intrascendente, agregué:

—Y vamos a pelear todos para lograr un trato justo Gertrudis, para que por tu blusa se pague el precio justo, lo que en verdad vale tu trabajo, — lo dije con una sonrisa ridícula.

— Eso... —me dijo, con una mirada, ya no de escepticismo, sino de decepción y condescendencia, — *Eso... es lo de menos.*

Yo no sé si mi compañero tenía razón y ella no llegaba ni al viernes, lo que era indudable era que Gertrudis Sánchez no sabía muy bien si iba a comer ese próximo viernes.

Comenzaba a anochecer cuando medio arrastrando los pies y mis torpezas salí triste y pensativo del pueblo de Las Ánimas, en el Municipio de Aquismón, Estado de San Luis Potosí.

Una lección en el casino

Sucedió un viernes de verano en el Casino del Hotel Crowne Plaza San José Corobici, en la capital de ese pequeño oasis de la tierra, al que Dios premió con un pedacito de cielo y que la gran mayoría de los habitantes del planeta conoce como Costa Rica. San José estaba vestido de fiesta aquella noche; celebraban los ticos el Festival de la Luz y decidí rechazar la invitación a uno de los festejos para complacer mi debilidad de jugador furtivo, aunque ocasional. Me atraía —y confieso que me sigue atrayendo— jugar al blackjack, quizás porque suelo hacerlo cuando me encuentro en un país que no es el mío.

Debo reconocer que, en efecto, me gusta jugar, y para ser más preciso, me gusta arriesgar, más que ganar. Me estimulan y me provocan los momentos y circunstancias en que el talento puede influir en alguna medida para

reducir el riesgo. Activar una máquina o lanzar los dados para que ella o ellos sean los que jueguen me parece aburrido, tan sólo digno de los que están habituados a no pensar mucho, que no son pocos, por cierto. Si bien es verdad que no me obsesiona ganar, no menos cierto es que tampoco me apasiona perder. Por lo general suelo ponerle un límite a mi posición de riesgo, determinado más bien por el importe que considero es el precio que debo pagar por divertirme haciendo algo que me entretiene y me gusta, hasta que el tiempo —que fijé al inicio— me notifica que se acabó el juego, o bien antes, cuando la pérdida de la última ficha me indica que terminó la diversión. Hasta ahora he respetado ese pacto, quizás porque siempre he tenido algo relevante que hacer temprano al día siguiente.

Me encontraba pues en la mesa de blackjack. El primero a la derecha era un ciudadano de California. Siempre me cuesta trabajo encontrar el gentilicio adecuado. Es claro para mí que nosotros, los mexicanos somos también norteamericanos, como también lo son los canadienses, y más difícil me resulta cuando pienso que California está repleta de norteamericanos que son mexicanos. Bueno, pues, digamos entonces que era un norteamericano, de origen anglosajón, de California, sin duda simpático e in-

cluso agradable; de esos que están siempre como disculpándose de ser de donde son.

A un lado del estadounidense se desbordaba una gran dama venezolana que radicaba en San José, ciudad a la que, por cierto, no perdía ocasión de criticar, lo cual debo reconocer que me incomodaba seriamente, al grado que en dos ocasiones salí en su defensa con dos comentarios —irónico uno y burlón el otro— pero ambos con la manifiesta intención de molestarla, en revancha por la osadía de criticar una de mis ciudades predilectas.

Yo era el tercero en la mesa. La silla contigua, a mi izquierda, la ocupaba un chileno, de esos “*Made in USA*”, con MBA en la Universidad de Chicago y sepetecientos diplomas de cursos y seminarios en diversas ciudades de la Unión Americana. Un chileno de los nuevos, que más que neoliberal, es un neoargentino, de esos de Buenos Aires. Debo reconocer que, ya como a las dos de la mañana, cuando los whiskies habían cumplido con su mandato, y una vez que se cansó de levantar la ceja, y se dio cuenta de que no hacíamos mucho caso a sus comentarios pretenciosos, nuestro colega chileno se convirtió en un agradable compañero de juego.

El siguiente era uno de aquellos tantos holandeses

que decidieron invadir Centroamérica después de las épocas de guerrilla, con la encomienda de montar, con el generoso financiamiento de las agencias bilaterales europeas de cooperación para el desarrollo, elegantes organizaciones de la llamada sociedad civil para indicarles infructuosamente a los locales cómo es que podrían superar el subdesarrollo con las recetas de los exitosos países avanzados.

Y al extremo de la izquierda, en la posición que suele ser la más controvertida, disfrutaba un chino alegre, de unos cuarenta años, que meditaba con seriedad cada una de sus decisiones.

En la jugada en que se suscitó el evento que me interesa narrar, la chica “dealer”, que representaba al casino y hacía la repartición de las cartas, se había dado un 6, que, como saben los que conocen el juego, es la peor carta para “la casa”, pues incrementa de manera considerable las posibilidades de que se exceda del deseado 21 y pierda en favor de los visitantes, que insisten en no reconocer que “la casa gana siempre”.

El californiano se plantó con 14, con un 9 y un 5, seguro de que ganaría.

La frondosa y criticacona mujer venezolana recibió un

6 y un 5, con lo que, con especial gusto, dobló la apuesta y dio un salto alegre al recibir un 9 y hacer 20. Había hecho una apuesta inicial fuerte, y ya calculaba su jugosa ganancia con una gran sonrisa.

—Por supuesto que ni una carta más, —respondí a la pregunta de la Dealer. —Mi 13 es más que suficiente — dije con aire de conocedor.

El chileno levantó la mano en señal docta de “no más” y permaneció con un 10 y un 4. El “experto” holandés recibió un 8 y un 4 y también se quedó.

De manera muy, pero muy extraña, no había salido una sola figura, ni un joto, ni una reina ni un rey. Las cartas más probables no habían hecho su aparición, lo que aumentaba aún más nuestra posibilidad colectiva de ganar.

Faltaba sólo el chino, que, con un 9 y un 8, estábamos seguros todos de que no pediría otra carta. Sin embargo, se quedó muy pensativo, ante la expresión de gran sorpresa de todos nosotros.

—¿Quiere carta? — le preguntó la chica.

El chino continuó meditando.

Nos mirábamos los demás entre sí, opinando con nuestra expresión.

—¿Pero éste loco qué piensa? murmuró el chileno

—¡No puede ser! —se atrevió a mascullar la venezolana. —Ya tiene 17, nadie pediría una carta más, a menos que esté mal de la cabeza.

El chino permanecía impávido. Todos nosotros a la expectativa. Levantó lentamente la mirada hacia la dealer, que también mostraba una cara de absoluto desconcierto, y pronunció con tranquilidad la palabra fatídica:

—“Otlá”.

Los ojos de todos se abrieron al máximo.

La chica obedeció y le entregó una dama. El chino se pasó y perdió. Ella abrió su segunda carta que era un rey, con lo que hacía 16. Abrió muy despacio la tercera carta, que para brutal decepción de todos era un 5, y con 21 la Casa nos ganó a todos.

Se pueden imaginar el estallido general de descontento.

—¡Oh My God! —dijo el Californiano.

—¡Pero, no es posible !—grito el chileno, —se habría pasado la casa.

Se oyó una maldición en holandés que nadie entendió, pero todos comprendieron.

La venezolana se jaló los cabellos mientras alegaba
—Este tipo es un majunche, hubiéramos ganado to-

dos.

Yo me limité a decir con discreción —¡Porca Miseria!

El Chino continuó con su expresión impasible y, mirando a nadie en particular, dijo:

—No, si yo sé bien que tuvo mal, pelo e que fui caprichoso.

—“Fui Caprichoso” —repetimos todos —Fue caprichoso. —Y estallamos en una carcajada colectiva.

Evidentemente nuestro regocijo colectivo significaba que habíamos perdonado al chino y, a partir de ese momento, se inició una gran velada, plena de risas, de bromas y de diversión. Cada vez que alguno fallaba al pedir una carta adicional, aclaraba; “E que fui caprichoso”. Los brindis por y con nuestro colega chino se repitieron una y otra vez. Él también se mostró muy contento.

Debo reconocer que aquella fue una de las lecciones trascendentes que he recibido en mi vida. Cada vez estoy más convencido que nuestro célebre amigo chino tenía razón. No siempre se debe actuar con fundamento en la sensatez y la lógica. Es muy importante, de vez en cuando, cometer locuras, tomar riesgos, atreverse a desafiar a la prudencia. Debo reconocer que he seguido su consejo en diversas ocasiones con buenos dividendos, y

cuando las cosas no han salido del todo bien, me he limitado a sonreír y decir: “E que fui caprichoso”.

Entre albañiles

—¿Tú qué haces? —le pregunté al primer albañil.

—Yo preparo la mezcla, pero tengo que cargar desde los camiones la arena y el cemento en estos botes y después el agua, y luego, después de mezclarla, subirla hasta el piso en que estén colando. Mi trabajo es muy pesado y sólo me pagan diez pesos por bote —me dijo.

—¿Y tu? —cuestioné al segundo.

—Yo coloco los ladrillos, pero antes tengo que subirlos por los andamios, lo que es muy peligroso. Con la mezcla de éste voy construyendo los muros, Luego viene el *Arqui*, checa con la balanza y, si no están bien derechos, pues me los tira y va de nuevo. Es agobiante y tedioso, y me pagan muy poco, apenas seis pesos por metro cuadrado —respondió.

El tercero laboraba silbando.

—¿Yo? —me respondió—, Ahora estoy muy ocupado.

—Sólo quiero saber qué haces —insistí.

—Yo construyo una escuela. —me respondió orgulloso y contento.

Los ocho magníficos

Fueron llegando con expectación y escepticismo al impresionante Palacio Damballah, ubicado en los linderos con Mozambique, tras cinco horas de tránsito por un trayecto secreto y abrupto desde el aeropuerto de Johannesburgo. Los visitantes eran cazadores profesionales que cumplían el requisito sine-qua-non que se les requirió de poseer al menos tres trofeos registrados del Slam de los Cinco Grandes (elefante, búfalo, león, rinoceronte y leopardo).

Habían recibido una exclusiva invitación para participar en la Gran Cacería del Octavo de los Siete Magníficos, —clasificación que agregaba al hipopótamo y al codrilo. Nadie sabía cuál sería la nueva presa, y todos interactuaban en pos del secreto inicuo. Solo lograron averiguar que el generoso anfitrión era un multimillonario extravagante y caprichoso. Iban acompañados exclusiva-

mente de sus armas más preciadas y de una expectación inconmensurable.

Durante la elegante cena se fueron presentando entre sí, destacando título, nombre, procedencia y pormenores de sus invaluablese preseas. Al final conocieron al misterioso personaje que los acogía, quien se limitó a recomendarles disfrutar de la cena y a enterarlos de que se encontraban en el corazón de una región agreste, inhabitada en un radio de trescientos kilómetros, pero inmensamente poblada por la fauna más salvaje y feroz del planeta. Procedió a presentarles a quienes él llamaba los cinco principales tiradores del mundo, informándoles que sus preciadas armas habían sido confiscadas y que, a partir de ese instante, podrían iniciar su graciosa huida, porque a las cinco en punto de la mañana, los francotiradores darían inicio a la Gran Cacería de Cazadores, en la que ellos tendrían la oportunidad única de enfrentar y vivir la misma disyuntiva que afrontaron aquellos seres vivos que luego se convirtieron en sus orgullosos trofeos: la de escapar y evitar el encuentro con animales más poderosos y feroces que ellos, o evadir la ráfaga mortal de los distinguidos cazadores que se divertirán, con el mismo regocijo, pasión y satisfacción que en sus zafaris solían mostrar todos ellos.

El legendario tesoro

Salimos de la cueva exaltados, gritando a nuestros compañeros que el legendario tesoro de antiguos piratas que habíamos estado buscando por días, finalmente lo habíamos encontrado. Estalló el júbilo, los gritos y abrazos eran explosivos e incontenibles. Organizamos un gran festejo, bailamos y bebimos durante toda la noche sin detenernos, alrededor de una fogata, mientras nos contábamos lo que haríamos con la parte del botín que nos correspondería a cada uno de los nueve afortunados aventureros.

Al día siguiente, al despertarnos, nos percatamos con sorpresa de que Briselda y Calixto habían desaparecido. Nos desbordamos en llanto cuando acudimos apresurados al escondite y confirmamos que el tesoro también se había esfumado. Nos invadió la paranoia y salimos desesperados en su búsqueda. Subimos la montaña y buscamos sin reposo e infructuosamente por casi tres días. Solo pensábamos en aquellos sueños que se desvane-

cían por tan cruenta traición. No tenían aquellos canallas perdón de Dios; habían violado el pacto y el juramento que habíamos hecho al iniciar la aventura. Y pensar que los demás habíamos acordado destinar parte importante de nuestro tesoro para darles un gran regalo de bodas. Qué ironía y qué candidez.

Han transcurrido más de veinte años desde aquel atraco, cuando ahora, casualmente, nos enteramos de que, unos meses después de aquel desencuentro, Briselda y Calixto, navegando por los mares del Caribe para festejar su flamante matrimonio, fueron asaltados y despojados de toda su riqueza por unos corsarios modernos, dominadores de los secretos cibernéticos, y que, a fin de cuentas, resultaron ser solo unos simples guerrilleros soñadores que luchaban por la equidad y la justicia en el mundo.

El aparatejo diabólico

—Y con esto, el Profesor Remigio Cedeño se convertirá en el invidente informático más avanzado de su generación —enfaticó su hijo, Ingeniero en Sistemas de Información, después de la extensa explicación sobre cómo manejar el extraordinario equipo multifuncional que le había construido.

—Es de una sencillez asombrosa, padre. Oprimes el primer botón y conectas el teléfono, solo tienes que mencionar el nombre de con quién quieres hablar, activas el segundo y grabas la conversación. Lo que te puede resultar muy divertido con tus nietos. Todo lo que platicues con ellos lo puedes escuchar después las veces que quieras, con un sencillo doble clic. A través del tercer botón podrás dictarle a la grabadora, si lo oprimes dos veces, te hará una impresión, por si quieres regalársela a alguien. Con el cuarto botón podrás escuchar la música

de tu predilección, solo tienes que mencionar el nombre de la canción o de la melodía, o bien el del intérprete o el compositor. ¡Ah! Y si oprimas el quinto y último, únicamente mencionas el título del autor y una voz femenina encantadora te leerá la obra literaria que tú elijas. *¿No te parece fantástico, papá? ¿Como de magia, no?*

Habían transcurrido cuatro días y el profesor Remigio Cedeño no se había atrevido todavía a poner un dedo en el “aparatejo diabólico”, como él seguía llamándolo. Estaba sentado en su sillón favorito conversando en silencio con sus recuerdos, cuando escuchó un extraño zumbido lejano y muy tenue, sólo perceptible por el tímpano ultrasensible de un ciego, que claramente provenía del “equipo fantástico”, como le llamaba su hijo. Supuso que tan solo se trataba de una llamada de su muchacho, que lo estaba poniendo a prueba, así que, muy delicadamente, oprimió el primer botón y se llevó una tremenda sorpresa al escuchar la voz ronca de un hombre que decía:

—*Pedro, ¿eres tú?*

El profesor Cedeño rápidamente oprimió el segundo botón con la intención de apagar el aparato, pero, sin pretenderlo, activó la grabación.

—El próximo viernes cuatro secuestraremos a la niña, Pedro. Todo está listo. Le pediremos a ese maldito millonario diez millones si quiere volver a verla.

—¿Qué haremos con ella, doctor Ituarte? ¿Dónde la esconderemos?

—Ya te lo había dicho, la traeremos a mi departamento, la dormiremos, y así permanecerá hasta que la devolvamos contra la entrega del rescate. Te repito que todo está listo, he cuidado hasta el último detalle. Te espero en mi departamento el viernes a la una de la tarde. Debes ser puntual —y colgó.

—No puedo creerlo —se dijo— Esto es de ciencia ficción. ¡Es asombroso!, ¡Sorprendente! ¿Por qué tenía que pasarme a mí? ¡Aparatejo infernal!

Lo pensó durante varias horas. En realidad, él no quería meterse en problemas, pero no podía quedarse impávido ante el secuestro de una niña. Finalmente se decidió, convencido de que tenía que actuar rápido. Se acercó al “aparatejo diabólico” y, siguiendo las indicaciones de su hijo, le dio instrucciones de llamar al teléfono reciente, es decir, al del secuestrador, quien casi de inmediato respondió:

—Sí, dígame.

—Dr. Ituarte, lo sé todo.

—¿Quién habla? ¿Qué significa esto?

—Eso, en última instancia, no importa. Lo que en realidad importa es que sé muy bien que usted secuestró a esa niña ayer por la tarde, con el apoyo de su cómplice Pedro, que la niña se encuentra en su casa y que usted pretende solicitar como rescate diez millones de pesos. Lo espero esta noche a las nueve. Mi dirección es la misma que la suya, en el departamento 801 —y colgó.

Casi de inmediato, llamó al número que se había indicado en las noticias y pidió hablar con Don Leodegario Rueda Ballesteros.

—Dígale que se trata de su hija —agregó.

Pasados casi dos minutos, escuchó la voz del empresario, quien atropelladamente preguntaba:

—¿De qué se trata? ¿Quién es usted? ¿Cómo está mi hija? ¿Qué quiere a cambio de regresármela?

—Don Leodegario, cálmese y escúcheme con atención. Soy el profesor Remigio Cedeño. Yo no secuestré a su hija, pero es probable que pueda rescatarla. Dígame, ¿le llamaron ya los secuestradores?

—Sí, me piden diez millones de pesos. Yo acepté, pero no aceptan un intercambio; pretenden que les entre-

que primero el dinero y que después habrán de devolverla.

—Trataré de liberarla, pero le impondré ciertas condiciones. Si yo rescato a su hija y se la entrego sana y salva, ¿estaría dispuesto a asumir el compromiso, bajo juramento, de entregar la mitad de la cantidad que le piden a la Asociación Nacional de Ayuda a los Ciegos; de no volver a producir en ninguna de sus fábricas videojuegos de violencia, de ningún tipo, y de retirar su denuncia?

—Sí, estoy dispuesto —aseguró el empresario, después de pensarlo unos segundos.

—Júrelo y deme su palabra de honor.

—Se lo juro por lo más sagrado y, por supuesto tiene usted mi palabra de honor.

—Deme el número de su móvil y acuda con la policía al Monumento a Cervantes, a las 9 de la noche. Yo le llamaré. No siga las indicaciones de los secuestradores, al menos hasta mañana.

—Mi número es... —dijo el empresario.

—Hasta pronto, —dijo el profesor—, y colgó.

El profesor se acomodó en su sillón y se dispuso a esperar que dieran las nueve. Faltando quince minutos,

según la radio, se incorporó, caminó lentamente y abrió un poco la puerta de su departamento. Regresó y se sentó en una silla del comedor. A las 9 en punto escuchó unos pasos que se acercaban sigilosos, oyó el suave rechinado de la puerta, y dijo:

—Adelante doctor Ituarte. Si prefiere, puede encender la luz. Póngase cómodo.

Después de asegurarse de que la mirada perdida del profesor Cedeño delataba su invidencia, guardó en la bolsa de su gabardina el revólver que llevaba consigo y dijo con voz ronca y firme:

—No tengo tiempo que perder. ¿Cómo es que usted sabe lo que me dijo que sabe? ¿Y qué es lo que pretende?

—Pretendo que, tranquilamente, traiga usted a la niña a mi casa y que se olvide para siempre de este disparate. Como se ha percatado, está en mis manos; conozco su nombre, su profesión, el lugar donde ha trabajado quince años, su dirección, el nombre de su cómplice; es decir, todo lo que se requiere para refundirlo el resto de su vida en la cárcel.

—Está usted loco; yo supuse que esperaba una parte del rescate, ¿Se da cuenta de que es usted quien

que está a mi merced. Puedo eliminarlo con absoluta facilidad y hacerlo aparecer como parte de un robo violento.

El profesor se puso de pie con lentitud y le dijo:

—No creo que se atreva.

—Se dirigió al “aparatejo diabólico”, oprimió dos veces la segunda tecla y la grabación de aquellas conversaciones inició su reproducción, mientras el profesor Cedeño agregaba:

—En su oportunidad hice copias de la grabación de sus llamadas, las introduje en dos sobres, uno dirigido al millonario padre de la niña y el otro al Departamento Anti-secuestros de la Policía. Los dejé ambos en un cierto lugar secreto al que yo acudo cada mes durante los últimos años, con la indicación de qué si algún mes próximo no me presento, o si se enteran de que estoy enfermo o que me ha sucedido algún accidente o que he muerto, los entreguen a sus destinatarios de inmediato. Como ve, me temo que de ahora en adelante, usted deberá ocuparse seriamente de cuidar mi buena salud.

El doctor Ituarte se quedó perplejo y continuó escuchando las dos grabaciones hasta el final. Caminó muy lentamente y salió del departamento. En menos de diez

minutos, el profesor Cedeño escuchó de nuevo los pasos que se aproximaban y dijo:

—Recueste a la niña en la cama de mi habitación con mucho cuidado. ¿En cuánto tiempo estima que despertará?

El Doctor cumplió con las instrucciones, regresó a la sala, miró su reloj y dijo:

—En realidad, la niña está por despertar.

—Váyase doctor y rehaga su vida. Yo no quiero perder un buen guardián, y seguramente el Hospital Inglés tampoco quiere perder a un buen anestesiólogo. Cierre la puerta al salir, por favor.

Dando tiempo a que su vecino subiera un piso, el profesor llamó al padre de la niña y le pidió que subieran al 801 de Racine 24. Abrió la puerta y se dispuso a esperar. Cinco minutos después entraron atropelladamente al departamento el padre y la madre de la niña, acompañados del comandante de la policía.

—¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija?, —gritaron al unísono.

—Está descansando en la recámara, —indicó el profesor—. Ella no se ha percatado de nada, no vale la pena que la pongan al tanto.

Ambos se lanzaron con premura a la habitación para abrazarla, besarla y finalmente despertarla. El comandante de policía se acercó al profesor, confirmando su incapacidad visual, y le preguntó:

—Usted fue uno de los secuestradores, ¿no es así?

—Ya no diga más tonterías, Comandante. Se está jugando el puesto con su incompetencia. Yo soy más bien el rescatador. Aunque sería interesante que usted me apresara y me acusara de secuestrar a la niña en pleno día en el Parque Central. Me gustaría ver qué hacen los periodistas con su reputación, sobre todo al saber que soy ciego y que la demanda ha sido retirada. ¿Cierto, don Lorenzo?

—Así es, Profesor. Se lo prometí y habré de cumplirlo —respondió el millonario, que regresaba de la recámara, con la niña del brazo de su madre.

—Mira, hija, —dijo el padre—, este es el buen hombre que te encontró en el parque donde te habías perdido. Te trajo a su casa y me llamó de inmediato para que yo viniera a buscarte. Dale las gracias.

La niña se acercó y le dio un beso en la mejilla, diciendo:

—Gracias, señor.

—Regresa a tus juegos, hija. Fue una felicidad para mí conocerte —manifestó el profesor.

—Vayan adelante, —indicó el Padre—, quisiera cruzar unas últimas palabras con nuestro amigo. —Don Leodegario Rueda Ballesteros se sentó y dijo:

—Por supuesto profesor, que cumpliré mi promesa de donar cinco millones de pesos a la Asociación de Ayuda a los Ciegos; sin embargo, también quisiera recompensarlo a usted en lo personal.

—De ninguna manera, no es necesario. Ese beso de su hija vale una fortuna; me doy por bien pagado, —le respondió.

—Sabe profesor, lo que sí me resultará prácticamente imposible es cumplir mi ofrecimiento de eliminar de mis fábricas los videojuegos de violencia. El caso es que tengo socios, sabe, que no estarían de acuerdo con esta decisión.

El profesor Remigio Cedeño, se incorporó, se dirigió al aparato diabólico y oprimió dos veces el botón correcto para iniciar la reproducción de la conversación que sostuvo con el empresario, cuando le dio su palabra y juró por lo más sagrado, que retiraría los videojuegos de

violencia de su producción.

—Don Lorenzo, debo informarle que hice varias copias de la grabación de nuestra llamada; las introduje en sobres dirigidos a los principales diarios del País. Los dejé en un cierto lugar secreto al que yo acudo cada mes, desde hace varios años, con la indicación de que, si algún mes próximo no me presento, los entreguen a sus destinatarios de inmediato. No puedo imaginar siquiera lo que harán los periodistas con su reputación si no cumple con su palabra de honor, y su juramento por lo más sagrado. No me deprima, don Lorenzo, porque me puede entrar la parsimonia y quizás no acuda a la siguiente visita. Por favor, cierre la puerta al salir.

—Se hará todo como habíamos acordado, profesor—dijo el millonario al retirarse.

Un poco más tarde sonó el teléfono. Era su hijo.

—Hola, padre. ¿Qué tal? ¿Te has divertido con el aparato supersónico?

—Pues la verdad es que sí, me he divertido bastante. Creo que difícilmente podrás imaginarte cuánto, —respondió el profesor, con una sonrisa burlona.

.....